J. JURADO DE LA PARRA

LORENZACCIO

DRAMA

en cuatro actos, divididos en ocho cuadros

ORIGINAL DE

ALFRED DE MUSSET

ADAPTADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

LORENZACCIO

LORENZACCIO

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

ALFRED DE MUSSET

adaptado á la escena española por

J. JURADO DE LA PARRA



MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1915

Al Excmo. Sr. D. José Sánchez Guerra

Con toda la buena y antigua amistad y toda la admiración de su adictísimo,

J. Jurado de la Parra.

PERSONAJES

CATALINA GINORI.
MARÍA SODERINI.
LA MARQUESA DE CIBO.
LUISA STROZZI.
LORENZO DE MEDICIS (Lorenzaccio).
ALEJANDRO DE MEDICIS (Duque de Florencia).
FELIPE STROZZI.
EL CARDENAL CIBO.
SIRE MAURICIO (Canciller de «Los Ocho»).
EL CARDENAL BACCIO VALORI.
EL MARQUÉS DE CIBO.
SCORONCONCOLO (Maestro de armas).
BINDO ALTOVITI.
LEÓN STROZZI (Prior de Capua).
TOMÁS STROZZI.
JULIÁN SALVIATI.
BAUTISTA VENTURI (Burgués).
TEOBALDEO (Pintor).
MAFFIO (Burgués).
GIOMO (Palafrenero del Duque).
UN PAJE.
DESTERRADOS 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º
PREGONERO.

Soldados, servidores, pajes, palafreneros y desterrados.
Los cuarenta deudos de Strozzi

La acción en Florencia y Venecia, en 1536



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Terraza en el palacio del Duque de Florencia con intercolumnio que, arrancando del segundo término, forma un gran rectángulo con el barandal de mármol, que de lado á lado corta la escena, el cual se rompe cerca de sus extremos en dos escalinatas exteriores como de seis ú ocho peldaños, practicables ambas y que fingen dar acceso á la terraza desde un patio de palacio. El intercolumnio puede ser figurado, menos en el lado de la izquierda que formará una galería practicable. En el primer término de la derecha se abre una gran puerta del Renacimiento que da paso al interior del palacio y directamente á las habitaciones del Duque. A la izquierda, en segundo término y ya en el arranque de la galería, otra puerta del mismo estilo, pero más pequeña, que se supone comunica con las oficinas y dependencias del palacio. A la puerta de la derecha habrá guardia permanente. Luz de la mañana.

ESCENA PRIMERA

El MARQUÉS y la MARQUESA CIBO. Se les verá subir por la escalinata. Después el CARDENAL CIBO

MARQ.ª ¡Bien, bien! ¡Anda y despídete de Su Alteza! ¡Aquí esperaré! No digas al Duque que vine contigo.

MARQ. ¡Ah! desde luego... Yo saldré pronto. (Entra por la derecha.)

MARQ.ª ¡Oh, por fin partirá y ya libre caeré en los brazos de Alejandro!... De ese lobo feroz de quien mi amor sabrá hacer un humilde cordero. (Conmovida.) ¡Por tí, mi Florencia, por tu libertad sacrifico mi honra, como sacrificaría la vida! (Aparece el Cardenal subiendo la escalinata.) ¡Ah, el Cardenal!... ¡Qué contratiempo!

CIBO ¡Oh, feliz encuentro!... ¿Qué pasa?... ¿Qué espera en el palacio del Duque de Florencia mi querida hermana la Marquesa de Cibo?

MARQ.ª A mi esposo, Cardenal. Vuestro hermano parte para Massa y vino á despedirse de Su Alteza.

CIBO ¡Ah, vamos!... ¿Y por eso estais conmovida? ¿Cualquiera diría que habéis llorado?... No encuentro justo vuestro llanto... Pensad que no va el Marqués á Palestina, y me parece que no ha de correr grave peligro en sus Estados.

MARQ.ª ¡Cardenal, no habléis mal de mis lágrimas!

CIBO Es que yo creo que la virtud no debe hacer alardes.

MARQ.ª ¿Es que la virtud no puede tener lágrimas, señor Cardenal? ¿Sólo pueden tenerlas el arrepentimiento y el temor?

CIBO ¡Ah, no!... No, por cierto, pues las del amor son las más bellas.

MARQ.ª El Marqués nos hubiera llevado á Arcanio y á mí, si hubiese ya flores en Massa. Yo adoro las primeras flores... Como el invierno es tan largo, siempre me parece que no he de volverlas á ver.

CIBO Y decid, Marquesa: ¿no es para hoy cuando me habíais pedido escucharos en confesión?

MARQ.ª Dispensad, Cardenal; será para mañana, si no os molesta. Este día no me pertenece. Lo consagro á mi esposo hasta que parta.

CIBO Si la envidia estuviese permitida á un siervo de Dios, yo envidiaria á mi hermano. Un viaje corto y tranquilo es el suyo y deja tanta tristeza al partir. ¡Dichoso él, que se hace amar así, después de siete años de matrimonio! ¿Son siete, verdad, Marquesa?

MARQ.ª Sí, Cardenal. Mi hijo tiene seis años.

CIBO Y decid: ¿Estuvísteis anoche en la boda del palacio Nasi?

MARQ.ª Sí, allí estuve.

CIBO ¿Vísteis al Duque disfrazado de religiosa? Me han dicho que estuvo así.

MARQ.ª Así estaba

CIBO Y allí estuvo también su primo Lorenzo.

MARQ.ª Ese es el escándalo de nuestra patria y el que dirige los placeres del Duque.

CIBO Dicen que anoche mismo han robado los dos de su casa una joven que á estas horas es ya una mujerzuela.

MARQ.ª Y anoche, Lorenzo arrojó una botella á Roberto Cossini, el proveditor de la fortaleza.

CIBO Y, según parece, el tal Lorenzaccio estaba también disfrazado de monja.

MARQ.ª ¡Ay, Malaspina; hemos llegado á un tiempo triste para las cosas santas!

CIBO Sin embargo; pueden respetarse las cosas santas y en un día de locura vestir un hábito religioso sin intento de ofender á nuestra santa religión.

MARQ.ª Yo no pienso así. Eso me ha indignado.

CIBO El Duque es joven y hermoso... ¡Tal vez el hábito le estaría á maravilla!

MARQ.ª Le sentaba muy bien. Sólo le faltaban unas gotas de sangre de su primo Hipólito de Médicis.

CIBO Y el gorro de la libertad, ¿verdad?... ¡Qué rabia tenéis á nuestro pobre Duque!

MARQ.ª Y á vos, su brazo derecho, os es igual que el Duque de Florencia sea el prefecto de Carlos Quinto y el comisario civil del Papa, como Baccio es en lo religioso su comisario. Os es igual á vos, hermano de mi esposo, que nuestro sol, el sol de Florencia, pasee por nuestra ciudadela sombras alemanas. Que el César hable aquí por todas las bocas. Que el desenfreno tenga tercerías con la esclavitud y sacuda sus cascabeles sobre el llanto del pueblo... ¡Ah, bien sé que los clérigos repicarían sus campanas para que no se oyeran esos gemidos y despertara el águila

imperial, si se dormía sobre nuestros pobres techos.

CIBO ¡No os excitéis así! (Aparece el Marqués.) ¡Ah, el Marqués!...

ESCENA II

DICHOS y el MARQUÉS

MARQ. ¡Hola, hermano!

CIBO ¿Tiene mucha gente Su Alteza?

MARQ. El Cardenal Valori, Salviati y Sire Mauricio... Yo vine á despedirme. Partiré en seguida para Massa...

CIBO Sí, sí; ya Ricarda me ha dicho...

MARQ. ¿No entras?

CIBO Sí, ahora voy.

MARQ. ¡Pues adiós y hasta mi vuelta!

CIBO ¡Adiós y que El te guarde en Massa, como aquí! (Con intención.)

MARQ. ¿En Florencia?

CIBO Lo digo por la Marquesa también y por vuestro hijo.

MARQ.ª (Aparte.) ¡Oh, este hipócrita!

MARQ. Vela tú por ellos en mi ausencia.

CIBO (Con intención.) ¡Velaré, hermano, velaré! (Despídense y desaparecen el Marqués y la Marquesa por la escalinata.)

ESCENA III

El CARDENAL, luego un PAJE

CIBO ¡Ah, Marquesa! ¡No es prudente hablarle así á quien se le muestra lo más recóndito del alma en el confesonario! ¡Yo tendré tu voluntad como tengo tu conciencia!... Quizá tu ambición, que es un peligro, pudiera ser mi mejor aliada. (Sale el Paje por la derecha.) ¿Dónde vas?

PAJE ¡Monseñor!...

CIBO ¿Qué hay de nuevo?

PAJE — Esta carta.

CIBO — Dámela.

PAJE — ¡Eminencia!... Es un pecado.

CIBO — Nada es pecado cuando se obedece á un sacerdote de la Iglesia romana. (El Paje se inclina y le da la carta.) ¡Qué cosa tan cómica es oir los furores de esa pobre Marquesa, y verla al mismo tiempo acudir á una cita de amor con el tirano, toda bañada en lágrimas republicanas. (Abre la carta y lee.) «Donde seais para mí, habréis hecho mi desgracia, la vuestra y la de nuestras dos casas.» El estilo del Duque es lacónico, pero lleno de energía. Si la Marquesa está enamorada de él ó no, es difícil saberlo. Dos meses de corte asidua es mucho para Alejandro de Médicis y debe ser bastante para Ricarda Cibo. (Devuelve la carta al Paje.) Lleva esa carta á tu ama. ¿Serás mudo, verdad? Ya sabes que yo sé apreciar los servicios. (Le da á besar la mano.)

PAJE — ¡Monseñor, Su Alteza sale!

CIBO — ¡Pues anda! (Vase el Paje precipitadamente.) Yo también voy por aquí. (La izquierda.) Veré de paso si llegó correo de España y volveré.

ESCENA IV

El DUQUE ALEJANDRO, el CARDENAL VALORI, SALVIATI, SIRE MAURICIO y servidores

DUQUE — (A uno de los Servidores.) Que monten y saquen mis caballos á este patio. (A Valori.) ¿Ha recibido vuestra eminencia noticias de la Corte de Roma?

VAL. — Paulo tercero envía mil bendiciones á Vuestra Alteza y hace los más ardientes votos por su felicidad.

DUQUE — ¿Nada más que votos, Valori?

VAL. — Su Santidad teme que el Duque se cree peligros por exceso de indulgencia.

DUQUE — (Mirando desde la terraza al patio donde se supone que ya sacaron los caballos.) ¡Oh, qué hermoso caballo! ¿verdad, Sire Mauricio?

MAUR. ¡Soberbio, Alteza.

DUQUE (A Valori) Os iba á decir, señor Comisario apostólico, que me hace falta cortar algunas malas ramas. El César y el Papa han hecho de mí un rey, pero han puesto en mis manos un cetro que está oliendo á hacha desde una legua.

VAL. Yo soy un sacerdote, Alteza, y si las palabras que el deber me obliga á deciros han de interpretarse de un modo tan severo, mi corazón me obligaría a callar.

DUQUE Siempre os tuve por bueno. Por el único clérigo honrado que he conocido en mi vida.

VAL. ¡Monseñor; la honradez no se pierde ni se gana con el traje! Y yo creo que entre los hombres, los hay más buenos que malos.

MAUR. ¿Queréis que yo os hable, Alteza?

DUQUE Habla.

MAUR. Los desórdenes de la Corte irritan al Papa.

DUQUE ¿Qué dices?

MAUR. He dicho los desórdenes de la Corte, Alteza. Las acciones del Duque no tienen más juez que el Duque mismo... pero es á Lorenzo de Médicis á quien reclama el Papa como tránsfuga de su justicia.

DUQUE ¿De su justicia? Yo no sé que haya ofendido á otro Papa más que á mi difunto primo Clemente séptimo, que á estas horas se pudre en el infierno.

MAUR. Clemente séptimo dejó salir de sus estados al libertino Lorenzaccio, que en un día de embriaguez había decapitado las estatuas del Arco de Constantino. Pero Paulo tercero no quiere perdonar al protagonista de los escándalos de Florencia.

DUQUE ¡Vive Dios, que Alejandró Farnesio es donoso de veras! Si el escándalo le molesta, ¿qué hace él con su bastardo Pedro que de tal modo trata al obispo de Fano? ¡Siempre que se habla de mi pobre Renzo, sale á cuento la mutilación de las estatuas del Arco de Constantino! Y á mí me hace también mucha gracia eso de que haya cortado la cabeza á tantos hombres de piedra. Yo

protejo las artes y tengo en mi casa á los primeros artistas de Italia; pero no entiendo el respeto del Papa por esas estatuas que él hubiera excomulgado, si en vez de ser de piedra fueran hombres de carne y hueso.

MAUR. Lorenzo es un ateo, se burla de todo. El pueblo, depprimiéndole, le llama Lorenzaccio. Se sabe que dirige vuestros placeres, y eso basta.

DUQUE ¡Basta, digo yo! ¿Te olvidas de que Lorenzo de Médicis es primo de Alejandro?

ESCENA V

DICHOS y el CARDENAL CIBO

DUQUE (Al Cardenal, viéndole llegar.) Cardenal, apropósito. Escuchad á estos señores, que dicen que el Papa está indignado por los desórdenes de Renzo y pretenden que eso me perjudica.

CIBO Micer Francisco Nolza ha entregado á la Academia romana un discurso en latín contra el mutilador de las estatuas del Arco de Constantino.

DUQUE ¡Acabareis por encolerizarme! ¡Decir que Renzo es un hombre terrible!... ¿Dónde está la fuerza de su alma de mujercilla, si es la efigie de un rufián enervado? ¿Un soñador que marcha noche y día sin espada, porque la sombra de un arma le da miedo? ¡Qué me importan los discursos latinos ni los cuodlibetos! Yo quiero á Lorenzo y juro que no le apartaré de mi lado.

CIBO Si yo temiera á ese hombre, no sería por vuestra corte, ni por Florencia, sino por vos, Duque.

DUQUE ¿Quereis que os diga la verdad?... Todo lo que yo sé de esos hombres que destierro y de esos republicanos que conspiran contra mí, lo sé por Lorenzo.

JUL. Sin embargo, su amistad con el viejo Strozzi...

DUQUE ¡Qué bien se conoce que los Strozzi son tu pesadilla!... Ya sé, ya sé que han jurado tu muerte.

JUL. Por salir á vuestra defensa, Alteza.

DUQUE Está tranquilo, mi buen Salviati. Mirando los Strozzi por su vida, guardarán la tuya. Volviendo a Lorenzo... ¡Bah, es sutil como nadie, se mete en todas partes, lo inquiere todo y todo me lo dice! El ha encontrado medio de comunicarse hasta con esos endemoniados Strozzi, y creedme, si puede hacer daño á alguien, no será á mí seguramente. ¡Mirad! (Señalando á Lorenzo, que aparece.) ¡Mirad ese cuerpo débil, como el ambulante despertar de una orgía!... Esos ojos vidriosos... esas manos que no podrían sostener un abanico... ese rostro que carece de fuerza para sonreir... ¿Es eso de temer? ¡Quereis burlaros del pobre! ¡Eh, Renzo, ven aquí, ven! ¡Aquí tienes á Sire Mauricio que te busca disputa!

ESCENA VI

DICHOS y LORENZO

LOR. ¡Buenos días, señores amigos de mi primo!

DUQUE Escucha. Hace un momento que estamos hablando de tí. ¿Sabes las noticias? Te excomulgan en latín; Sire Mauricio te llama hombre peligroso y el Cardenal Cibo, también. En cuanto á Valori, es demasiado honrado para poner tu nombre en su boca.

LOR. (Al Cardenal Cibo.) ¿Y para quién soy peligroso, Eminencia? Para las mujerzuelas de la calle, ó para los santos del Paraíso?

CIBO Los perros de la corte pueden rabiar igual que los demás perros.

LOR. Un sacerdote que insulta debe hacerlo en latín.

MAUR. Lo hacen en toscano, para que se entienda mejor.

LOR. ¡Ah, Sire Mauricio!... ¿Estábais ahí? No os

había visto. Perdonadme.. Me daba el sol en los ojos... ¡Veo que tenéis buena cara y que además llevais un traje nuevo!

MAUR. Nuevo, como vuestro ingenio. Es un traje que me han hecho de una capa vieja de mi abuelo.

LOR. (Al Duque.) Primo mío, cuando te canses de alguna conquista de arrabal, mándasela á á Sire Mauricio. Es muy mal sano vivir sin mujer, á los hombres que como él, tienen el cuello corto y las manos vellosas.

MAUR. Quien sabe bromear, debe saber defenderse. En vuestro lugar, yo tomaría una espada.

LOR. Si os han dicho que yo soy un soldado, os han engañado, Sire Mauricio. Yo no soy más que un pobre amante de la ciencia.

MAUR. Vuestro ingenio es una espada de acero; pero quebradiza. Es un arma vil. Cada uno hace uso de la suya. (Saca la espada.)

VAL. (Interponiéndose.) ¡Delante del Duque, desnudar un acero!...

DUQUE ¡Dejadle... dejadle!... ¡Vamos, Renzo! .. Yo te serviré de testigo. ¡Dadle una espada!

LOR. ¿Qué dices, Monseñor?

DUQUE ¿Qué es eso, estás temblando? No eres digno del nombre de los Médicis... ¡Yo soy un bastardo y le llevaría mejor que tú que eres legítimo!... ¡Una espada! ¡Una espada!... Un Médicis, no puede dejarse provocar así... Pajes, subid... ¡Que le vea toda la Corte!... ¡Quisiera que toda Florencia estuviese aquí!

LOR. ¡Su Alteza quiere reirse á mi costa!

DUQUE ¡No, ahora no río .. ahora me lleno de vergüenza!... ¡Una espada!...

VAL. ¡Señor, llevais muy lejos las cosas... Una espada desnuda en presencia de S. A. es un crimen punible!

DUQUE ¿Quién habla aquí, cuando yo hablo?

VAL. Vuestra Alteza no pudo tener otra idea que la de divertirse un momento y Sire Mauricio á su vez, no ha pensado otra cosa.

DUQUE ¡Pues no veis que es de broma!... ¡Mirad á Renzo!... ¡Sus rodillas tiemblan... Si pudiera

ponerse más pálido de lo que es él, ya estaría lívido!... ¡Mirad... si yo creo que se va á caer! (Lorenzo vacila, se apoya en la balaustrada y cae al suelo) ¡Si ya lo decía yo! La sola vista de una espada le trastorna y... ¡Vamos, Lorenzetto, déjate llevar á casa de tu madre! (Los pajes se llevan á Lorenzo.)

MAUR. ¡Ah, canalla!

DUQUE ¡Silencio, Sire Mauricio, que estais delante del Duque y en su casa! (Sire Mauricio saluda y vase.)

VAL. ¡Pobre niño!

CIBO Ya suponíais, Alteza, lo que iba á ocurrir.

DUQUE ¡Lo que quisiera sería no poderlo suponer!...

CIBO ¡Es muy triste!

DUQUE ¡Y tan triste! ¿Creeis que un Médicis puede deshonrarse públicamente, así como así? Y no es la vez primera que le acontece. Jamás pudo ver una espada desnuda. (Se dirige y sale por la puerta de la derecha)

CIBO ¡Es muy triste... muy triste! (Acompañando, como todos los demás que hay en la escena, al Duque y desapareciendo con él.—Telón.)

CUADRO SEGUNDO

Sitio pintoresco y frondoso en las riberas del Arno. Luz de ocaso, crepuscular y por último de la noche estrellada

ESCENA PRIMERA

MARÍA y CATALINA

CAT. ¡El sol se marchó ya! Anchas franjas de púrpura cruzan por detrás de las arboledas, y las ranas hacen resonar bajo los rosales, sus campanillas de cristal.

MARÍA Ya es hora de volver... Anuda tu velo alrededor del cuello... ¡Anda!

CAT. ¿Por qué nos vamos tan pronto, madre? Sí,

madre, que más que hermana, lo eres para mí. ¡Mira, mira qué hermoso está el cielo!... ¡Qué tranquilo está todo!... ¿Por qué bajas la cabeza?

MARÍA ¡Estoy afligida! ¿No has oído contar la historia de Lorenzo?... Todo el mundo la repite en Florencia.

CAT. Hermana, la cobardía no es un crimen, como no es una virtud el valor. ¿Por qué la debilidad ha de ser condenada? Responder á los impulsos del corazón es un triste privilegio.

MARÍA ¿Amarías tú á un hombre cobarde? Lorenzo es tu sobrino, no puedes amarle; pero figúrate que fuese otro, ¿qué pensarías de él? ¿Qué mujer querrá apoyarse en su brazo para montar á caballo?... ¿Qué hombre le dará la mano?

CAT. Su corazón podrá no ser el de un Médicis, pero por lo menos es el de un hombre honrado.

MARÍA No hablemos, Catalina, no hablemos de él.

CAT. ¡Esta Florencia es la que le ha perdido! Yo he visto en otro tiempo brillar en sus ojos el fuego de una noble ambición. Su juventud, fué la aurora de un sol naciente. Y aun todavía hoy, yo creo que todo lo noble no ha muerto en él.

MARÍA Yo ya sabía que no sería nunca un guerrero... Siempre le ví amante de la soledad y de los libros... Tenía una loca admiración por los grandes hombres de Plutarco. ¡Cuántas veces he besado su frente pensando en el padre de la patria!

CAT. No te aflijas.

MARÍA Hasta creo que ya no es tan bello... La maldad del corazón, le ha subido á la cara.

CAT. A mí me parece hermoso, á veces, en su extraña melancolía. ¡Mira, madre, sombras silenciosas se empiezan á ver en el camino!... Vámonos, María, estos desterrados me dan miedo.

MARÍA ¡Pobres gentes; sólo debieran darte compasión! ¡Ay, Catalina, esto es también obra de

Lorenzo... A todos les ha hecho traición. Sus cartas, abiertas han sido enseñadas al Duque... No encuentro una mujer perdida ó un desgraciado privado de los suyos que no me diga al pasar: «Tú eres la madre de mis desgracias.»

CAT. Vámonos, vámonos... ¡Tengo miedo! (Vanse. Ha obscurecido por completo, y en distintas direcciones se ven pasar, melancólicos y tristes, varios desterrados. Luego salen Lorenzo, Felipe Strozzi y el Prior, como quien atisba y acecha.)

ESCENA II

LORENZO, FELIPE y el PRIOR

LOR. ¡Puede ser que anden tus hijos por estas riberas! A pesar de la obscuridad yo los distinguiré. (Se aparta de Felipe y del Prior, como tratando de reconocer á los desterrados que no cesan de pasar.)

FEL. ¡Dios quiera que nos equivoquemos! Y, sin embargo ¡cuántos inextinguibles odios de familia han comenzado así!... Hubo un insulto, y tras del insulto una muerte... Los odios arraigan, se mece á los niños en el ataud de los abuelos, y generaciones enteras salen de la tierra con la espada en la mano.

PRIOR Hice mal, hice mal en acordarme de las palabras de Salviati y del desdichado viaje á Mont-Olivet. Pero, sin embargo, es necesario corregir á ese miserable.

FEL. ¡Ah, León! si Salviati grosero se permitió una frase ligera con tu hermana, ¿en qué pudo ofenderla? ¿Es que la virtud de una Strozzi, no puede olvidar el insulto de un Salviati? El habitante de un palacio de mármol, no tiene necesidad de saber las obscenidades que el populacho escribe sobre sus muros. Pero si Pedro ha encontrado á Sal-

viati, la sangre ha manchado ya el suelo de Florencia.

PRIOR Pedro es demasiado violento.

FEL. ¡Pobre hijo mío!... ¡Cómo se estremeció al oirte contar la historia del insulto hecho á su hermana! Su frente enrojeció... ¡Oh, qué bello era ver una sangre pura subiendo á una frente sin mancha!

PRIOR Tal vez no existe el peligro que pensais. Puede no haber encontrado á Salviati...

FEL. No lo dudes, Pedro le mataría ó se haría matar. ¿No les ves, Lorenzo? ¡Más que estas sombrías orillas del Arno que invadieron las sombras, me dan horror las tenebrosas encrucijadas de las calles de Florencia! Seguro estoy de que en ellas corre la sangre en estos momentos. Vamos, vamos á la ciudad.

LOR. No, Felipe; no nos movamos de aquí. Estoy seguro que aquí vendrán tus hijos.

FEL. ¡Que corra sangre! ¡Florencia, bien será que conozcas el color de mi noble sangre! ¡Cuarenta hijos tuyos la tienen en sus venas! Y yo, el jefe de esa familia inmensa, tendré todavía que inclinar con angustia mi cabeza blanca, con angustias de padre, desde lo alto de las ventanas de mi palacio... Pero no te rías esta noche del viejo Strozzi que teme por su hijo; es preciso, Florencia, que seas avara de esta familia, porque algún día te acordarás de ella y te estremecerás ante el ruido de nuestras espadas.

LOR. ¡Oh, sí... sí! Por allí me parece que diviso á Tomás, á la luz de aquellas linternas.

FEL. ¡Triste ciudad donde los padres tienen que espiar así á sus hijos! ¡Cuántos hombres habrán cogido también ahora su manto y su espada para hundirse en la obscuridad!... Los que les esperan no están inquietos, saben que morirán mañana de hambre si no han muerto de frío esta noche. Y nosotros, los que vivimos en los palacios, tenemos que ser insultados para sacar nuestras espadas... Nos arrebata el insulto de un borracho, y

las desgracias de la patria no sacuden el polvo de nuestras armas.

LOR. Tus hijos se acuerdan, Felipe.

FEL. (Saliendo al paso.) ¡Ah, por fin!

ESCENA III

DICHOS, PEDRO y TOMÁS

PED. Ya está hecho; Salviati ha muerto.

PRIOR ¡Qué horror!... ¡Estás lleno de sangre!

TOM. Le acechamos en la esquina de la calle de los los Arqueros, uno detuvo el caballo y el otro...

LOR. ¿Y cayó muerto?

PED. ¡Ah, tú aquí Lorenzaccio? (Aparte á Felipe.) No sé por qué consientes la compañía de este miserable.

FEL. Hijo mío, yo tengo mis razones para ello.

PED. ¿Razones?

FEL. Debes empezar por ocultarte. ¿Quién más sabe lo que acabais de hacer? (Pedro y Felipe hablan en voz baja.)

LOR. (A Tomás con socarronería.) ¿De manera que le habéis herido?... A ver, explícame cómo cayó. (Habla con Tomás en voz baja.)

PED. No, padre mío, yo no me esconderé. El nos insultó en medio de una plaza, yo le he herido en medio de una calle. ¡Yo me pasearé por la ciudad con la espada llena de su sangre maldita!

PRIOR Calla, me haces estremecer... Tus ojos salen de sus órbitas... Estás horrible como la muerte.

LOR. ¡No lo creas, Pedro; estás hermoso como la venganza!

FEL. ¡Vamos, hijos míos, que aquí os prenderán ¡Vamos... vamos! (Vanse.)

ESCENA IV

Los desterrados que durante la escena anterior no habrán cesado de pasar, aunque á lo lejos y de tiempo en tiempo, ahora lo harán más frecuentemente y por el centro de la escena, deteniéndose algunos hasta formar grupo. GRUPO DE DESTERRADOS, luego MAFFIO

DEST. 1.º ¿A dónde vajs?

DEST. 2.º A Pisa, ¿y vos?

DEST. 1.º A Roma.

DEST. 3.º Y yo á Venecia. Aquellos dos van á Ferrara. ¿Qué será de nuestra causa si estamos tan lejos los unos de los otros?

DEST. 4.º ¡Adiós!... Esperemos tiempos mejores.

DEST. 5.º ¡Adiós! Nosotros podemos ir juntos hasta la Cruz de la Virgen. (Vanse dos y aparece Maffio.)

DEST. 1.º ¿Tú también, Maffio?

MAFIO Soy de los vuestros. Ya sabeis que el Duque robó á mi hermana. Quise usar de mi espada, y una especie de tigre con brazos de acero me sujetó... He recibido la orden de salir de la ciudad y una bolsa llena de escudos.

DEST. 2.º ¿Y tu hermana?

MAFIO Anoche la ví salir de un baile vestida con un traje como no lo lleva una emperatriz... ¡Que Dios la perdone!

DEST. 3.º ¡Que todos se ahoguen en el fango y moriremos contentos!

DES. 1.º Felipe Strozzi nos escribirá á Venecia. Algún día nos encontraremos con un ejército á nuestras órdenes.

DES. 2.º ¡Dios dé á Felipe larga vida! ¡Mientras que él aliente, la libertad de Italia no estará muerta!

MAFFIO ¡Esperemos tiempos mejores! (Van desapareciendo los Desterrados.)

DES. 3.º ¡Adiós, Florencia, peste de Italia!... ¡Adiós, madre estéril, que ya no puede amamantar á sus hijos!...

DES. 2.º ¡Adiós, Florencia la bastarda; espectro he-

diondo de la antigua Florencia!... ¡Adiós, fango sin nombre!...

DES. 1.º ¡Adiós, Florencia!... ¡Malditos sean los pechos de tus mujeres!... ¡Malditos tus sollozos!... ¡Malditas las plegarias de tus iglesias... y el pan de tus trigos... y el aire de tus calles! ¡Maldición sobre la última gota de tu sangre corrompida! (Lentamente van desapareciendo por camino distinto, saludándase acongojados.—Telón lento.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Decoración: Saloncito elegante del renacimiento florentino, que da paso á un gabinete coquetón de dama galante del siglo XV. Aunque este gabinete no tiene juego en la escena, se verá perfectamente, como si lo tuviera. Puerta al foro y gran ventana á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

El CARDENAL CIBO

(Después de leer un amplio documento, tras breve pausa y guardando el documento cuidadosamente.) ¡Papa Farnesio, yo seguiré tus órdenes!... Tu comisario apostólico puede encerrarse en el círculo de su probidad.... Yo removeré la tierra sobre la cual no se atreve á marchar él. ¡Ya sé, Pontífice Paulo, que es eso lo que esperas de mí y por eso me has traído al lado del Duque de Florencia! Yo seré el anillo invisible que le una á la cadena que el César y el Papa tienen cada uno de un extremo... y si no me engaño, en esta casa está el martillo de que debo servirme... Alejandro ama á mi hermana y este amor tiene que agradarle á ella... ¡Quién sabe hasta donde puede llegar la influencia de esta

mujer exaltada!... Ella en la confesión me hizo saber cuanto era necesario; además, yo había leído ya la carta de la cita del Duque... Un pecado tan dulce por una causa tan bella es tentador, ¿verdad, Ricarda?... Héla que viene aquí ataviada como para una boda.

ESCENA II

DICHO y la MARQUESA por el foro

CIBO ¡Que bella estáis, Marquesa!

MARQ.ª Perdonadme, Cardenal; pero no puedo recibiros... Espero á una amiga...

CIBO ¡Os dejaré, os dejaré! Aquel gabinete que apercibo abierto, es un pequeño paraíso... iré allí á esperaros.

MARQ.ª No, allí no. A otro sitio, donde queráis.

CIBO No, me voy; pero acaso no tarde en volver. Buscaré un momento más oportuno. (Vase.)

ESCENA III

La MARQUESA, luego un PAJE

MARQ.ª ¿Por qué encuentro siempre detrás de mí la cabeza de este buitre? (Se acerca á la ventana.) ¡Qué hermosa eres, Florencia; pero qué triste á la vez! Hay en tí más de una casa donde Alejandro habrá entrado esta noche... ¡Es un libertino, ya lo sé pero en el Duque te amo á tí, Florencia, te amo á tí!

PAJE (Anunciando.) ¡Señora, Su Alteza!

ESCENA IV

La MARQUESA y el DUQUE

DUQUE Hoy saldré de caza y no he querido marcharme sin haberte saludado un momento.

MARQ.ª Te agradezco, monseñor, que hayas querido venir á verme soñar.

DUQUE Es verdad; que tú sueles soñar despierta.

MARQ.ª ¡Yo, sueño!... ¡Los reyes son los únicos que no sueñan! Todos sus caprichos se realizan... ¡Decir yo quiero... yo puedo!... ¡Dios mismo, no hace más!

DUQUE ¡No hablemos, mujer!... ¡Mira que eso fatiga!...

MARQ.ª ¡Oh, ser un rey, ser lo que tú eres!... ¡Ser la dicha y la desgracia!... ¡Cómo temblaría ese viejo del Vaticano, si tú quisieras abrir tus alas, águila mía! ¡Tú puedes ser el jefe de nuestra patria libre y como el Dux de Venecia se desposa con el Adriático, tú darías tu anillo de oro á la hermosa Florencia y sus hijos serían tus hijos!

DUQUE Te diré que yo de lo que me cuido, es de que los impuestos se cobren.

MARQ.ª ¡Tú tendrás la culpa!... Las piedras se levantarán... ¡Oh, si tú pensaras en ser el padre de la patria!... ¡Reclama la ejecución del tratado con el Imperio y saca tu espada!... Verás como te ruegan el Papa y el César, que la guardes de nuevo porque sus rayos les molestarán á los ojos.

DUQUE ¡Basta, querida, basta!... Mira, ¿por qué no quieres que hablemos de amor?

MARQ.ª Un día llegará en que un jardinero asalariado irá á regar, sin cariño, unas cuantas margaritas sobre tu sepultura... Entonces los pobres respirarán alegremente el aire del cielo... cuando hablen de ti, moverán la cabeza y contarán, alrededor de tu tumba, las de aquellos que tú hiciste morir!...

DUQUE ¡De verdad, Marquesa, que tienes unos hermosos ojos!...

MARQ.ª Tú no temes á tu pueblo y temes al Emperador... Has matado y deshonrado á centenares de ciudadanos y crees que te libras de todo con poner una cota de malla bajo tu traje.

DUQUE No será debajo de éste.

MARQ.ª Perdóname, digo más de lo que debiera. Sé

muy bien que eres valiente, como eres hermoso; pero quiero confesártelo... Yo tengo ambición; pero no para mí, sino para tí y para Florencia... ¡Dios sabe muy bien lo que sufro!

DUQUE — Lo que tu sufres, y ¿por qué?

MARQ.ª — No, no sufro... Escucha. Veo que te fastidias á mi lado... cuentas los momentos y vuelves la cabeza... pero no te vayas aun... Escucha: Es quizá la última vez que te veo y te diré que Florencia te llama su jefe y que no hay una casa donde tu retrato no esté clavado en la pared con un puñal, en el sitio del corazón.

DUQUE — (Irritado.) ¡Desgraciada, si juegas con mi cólera!...

MARQ.ª — Tienes razón; ¡soy una desgraciada!

DUQUE — (En actitud de marcharse.) ¡Nos veremos, hermosa, nos veremos! No te enfades porque me voy tan pronto... Ya te dije que tengo que ir de caza.

MARQ.ª — ¡Desgraciada!... ¡Desgraciada!...

DUQUE — ¿Por qué estás tan sombría? ¿Por qué hablas de política? ¡En tu papel de mujer estás tan bien!... Nos veremos mañana, ¿verdad?

MARQ.ª — ¡Adiós, Alejandro! (El Duque la besa al despedirse. En el mismo momento entra el Cardenal Cibo y los sorprende.)

CIBO — ¡Ah!... ¡Perdón, Alteza, creí que mi hermana estaría sola! Os ruego que me perdoneis.

DUQUE — ¡No, si ya me marchaba!... ¡Pero los clérigos no deben enterarse de muchas cosas! (Vase.)

ESCENA V

La MARQUESA y el CARDENAL CIBO

CIBO — He llegado á buena hora, Marquesa, para haceros saber que aunque no soy legado del Papa, ni capitán de Carlos quinto, soy mucho más.

MARQ.ª Si ya lo sé. El César ha vendido su sombra al diablo y esa sombra imperial se pasea vestida de rojo y lleva vuestro nombre.

CIBO Sois la amante de Alejandro, y está en mis manos vuestro secreto.

MARQ.ª Podeis usar de él como querais. ¡Ya veremos qué uso hace un confesor de su conciencia!

CIBO No lo sé por la confesión; lo sé por mis ojos.

MARQ.ª ¿Y qué más?

CIBO Que he visto con dolor que el Duque se marcha aburrido de vuestras entrevistas, porque le molestais con vuestros discursos de patriota y yo no sé en qué libros habeis leído ó qué dueñas os han enseñado que ignorais que la querida de un rey debe hablar de más cosas que de patriotismo.

MARQ.ª Confieso que nunca estudié para querida de reyes.

CIBO ¿Quereis que os aconseje?... Tomad vuestro manto esta noche, acudid al palacio del Duque y entrad en su aposento; pero no le hagais frases. ¡Haced de sonámbula y si conseguís que se duerma sobre un corazón republicano, que no sea de tedio! ¡Hacedlo! ¿Es que ya no hay vino de Chipre en la tierra? ¿Es que no sabeis ninguna alegre canción?... ¿No habeis leído el Aretino?

MARQ.ª Yo he oído murmurar esas mismas palabras á las viejas que tiritan en el mercado nuevo. ¡Cardenal, sois capaz de hacer enrojecer á vuestra misma púrpura!

CIBO ¡No hay nada tan virtuoso como el oído de una mujer perversa!... Y os he de recordar que mi hermano es vuestro esposo.

MARQ.ª ¿Qué interés teneis en torturarme así?

CIBO Hay secretos que la mujer debe ignorar, pero que puede hacer prosperar con solo conocer sus elementos.

MARQ.ª ¿Qué hilo de vuestros pensamientos sombríos es el que queréis darme?

CIBO Puesto que me llamais la sombra del César, ya sabeis que esa sombra puede eclipsar al sol de Florencia... ¿Sabeis cuánto puede una

sonrisa femenina? Alejandro es hijo de un Papa, y cuando ese Papa estaba en Bolonia...

MARQ.ª Cardenal, tened cuidado de no confesaros vos á vuestra vez. Que si vos sois hermano de mi marido, yo soy la amante de Alejandro.

CIBO ¡Lo habeis sido, Marquesa, como tantas otras!

MARQ.ª (Con tristeza.) ¡Lo he sido... lo he sido!

CIBO Siempre hablais de vuestros sueños. Venid ahora á los míos. Hacedme caso. Reconciliaos con Alejandro y dentro de un año, dentro de dos, me dareis las gracias... ¡Yo he trabajado largo tiempo para ser lo que soy y quién sabe lo que llegaré á ser todavía!

MARQ.ª Cardenal, de mí no espereis nada. No espereis más que mi desprecio. (Muestra actitud de marcharse.)

CIBO No os vayais... Escuchad... Es el ruido de un caballo; mi hermano debe llegar de un momento á otro. Os lo repito: id al palacio del Duque, ó estais perdida.

MARQ.ª Aunque yo hubiera leído el Aretino, para tener una primera idea, me hubiera hecho falta para otra, leer el libro secreto de vuestros pensamientos... Si pudiérais os volveríais mujer ahora mismo, para ser la querida del Duque y dominar á Florencia, dominándole á él.

CIBO Id al palacio, ó estais perdida.

MARQ.ª ¿Cómo?

CIBO Vuestro marido sabrá todo.

MARQ.ª ¡Decídselo y yo me mataré!...

CIBO ¡Amenazas de mujer!... Pues mira y escucha: Mi hermano ha vuelto; ahora entra en el patio... ¿irás á casa de Alejandro?

MARQ.ª No. (Entra el Marqués.)

ESCENA VI

DICHOS y el MARQUÉS

CIBO ¡He aquí á mi hermano!

MARQ.ª (Con gran agitación.) Esposo mío; yo te lo he de decir. Durante tu ausencia me he entregado á Alejandro... Sí, me he entregado; pero ese hermano tuyo me propone horrores más viles para asegurarme el título de amante del Duque y aprovecharse de ello. (Cae de rodillas ante el Marqués.) ¡Mírale, mírale como calla!... ¡Y tú perdóname, perdóname!

MARQ. ¿Qué dices, Ricarda? Hermano mío, ¿por qué enmudeces? ¡Oh, cuánto horror... cuánto horror! (Telón.)

CUADRO SEGUNDO

Cuarto de Lorenzo, sobrio y de buen gusto. Gran ventanal ó galeria de cristal desde la cual se verá algo de la ciudad de Florencia. Al foro un rompimiento que da paso á la alcoba, cerrado por amplias cortinas de damasco rojo. A la derecha puerta que se supone da á la calle. A la izquierda, primer término, otra puerta que comunica con el interior, y en el tercer término de este lado, bien disimulada en el muro, una puertecilla secreta. Chimenea practicable. Mesa de nogal y sillas de cuero. Panoplias.

ESCENA PRIMERA

LORENZO, CATALINA y MARÍA

CAT. (Por la izquierda con un libro en la mano.) ¡Ah, Lorenzo, al fin! ¡Si hemos de verte, habrá que venir á tu cuarto á buscarte! María, siéntate; aquí lo pasaremos, ya que hallamos á Lorenzo, y á lo que parece, de buen humor.

LOR. Yo siempre lo estoy, Catalina; cuando no por fuera, río por dentro.

MARÍA — Tu madre, en cambio, llora siempre.

CAT. — ¡Vamos, basta!... Hay que dar tregua al dolor. ¡No sé qué historia te leería que te distrajese!...

MARÍA — ¡Oh, Catalina, no te burles así de la que llamas tu madre! Ya sabes que nada entiendo de tus libros latinos.

CAT. — Es que éste está traducido. Es la Historia romana.

LOR. — Yo estoy muy fuerte en historia romana. Había una vez un joven que se llamaba Tarquino.

CAT. — Esa es una historia de sangre.

LOR. — Nada de eso. Es un cuento de hadas. Bruto era un loco, un monomaníaco nada más. Tarquino era un duque lleno de sabiduría que le gustaba ir de puntillas á enterarse de si las jóvenes romanas dormían bien.

CAT. — ¿Vas á hablar mal de Lucrecia?

LOR. — ¡Lucrecia!... ¡Bah!... ¡Lucrecia supo darse el placer del pecado y la gloria de la muerte!

MARÍA — Si desprecias á las mujeres, no debieras al menos rebajarlas delante de tu madre y de tu tía.

LOR. — A tí y á ella os estimo... Fuera de eso, el mundo me da horror.

MARÍA — ¿Sabes el sueño que he tenido esta noche?

LOR. — ¿Qué sueño?

MARÍA — No era del todo un sueño, porque yo no dormía del todo. Yo estaba sola en este aposento, la lámpara lejos de mí sobre aquella mesa, al lado del ventanal... ¡Lorenzino, yo pensaba en los días de tu infancia!... Miraba la noche obscura y me decía: «Hasta el día no volverá.» Y oí pasos lentos en la galería y ví entrar un hombre negro, negro, con un libro bajo el brazo. Eras tú, Renzo. «¡Qué temprano has vuelto!», grité. Y el espectro, sin responderme, se sentó al lado de la lámpara y comenzó á leer... ¡Era el Lorenzino de otros tiempos!...

LOR. — ¿Le viste bien?

MARÍA — Como te veo ahora.

LOR. — ¿Cuándo se fué el espectro?

MARÍA Cuando tu volviste, á la madrugada.

LOR. ¿Mi sombra se marchó?

MARÍA Se levantó con melancolía y se desvaneció como un vapor de la mañana.

LOR. Catalina, léeme la historia de Bruto.

CAT. ¿Qué tienes que tiemblas?

LOR. Escucha, madre. Estate esta noche donde anoche te sentaste, y si mi espectro vuelve dile que ha de ver cosas que le han de asombrar. (Llaman á la puerta.)

CAT. (Al abrir la puerta.) Es mi tío Bindo, que viene con Bautista Venturi.

ESCENA II

DICHOS, BINDO y BAUTISTA VENTURI

BINDO Vengo á hablarte, Lorenzo. (Aparte á María.) Probaré un último esfuerzo y si responde...

MARÍA Os dejaremos. (Aparte á Bindo.) ¡Háblale al corazón y ojalá consigas lo que su madre no pudo! (Alto.) ¡Vamos, Catalina! (Vanse.)

BINDO Lorenzo, ¿por qué no desmientes la historia escandalosa que corre por ahí?

LOR. ¿Qué historia?

BINDO Dicen que te has desmayado á la vista de una espada.

LOR. ¿Tú lo crees?

BINDO Yo te he visto manejar las armas en Roma, pero nada me extrañaría que te hayas vuelto más vil que un perro con el oficio que tienes en Florencia.

LOR. Pues sí es cierta la historia... Me he desmayado á la vista de la espada... Hola, Venturi, ¿cómo va vuestro comercio?

BAUT. Señor, estoy al frente de una fábrica de seda; pero es una injuria llamarme mercader.

LOR. ¡Es verdad! Yo quería deciros solamente que habiais contraído la inocente costumbre de vender la seda.

BINDO Lorenzo, he confiado al señor Venturi los proyectos que aterrarán ahora á tantas familias de Florencia... ¡Es un digno amigo de la libertad! Queremos saber si eres de los nuestros ó nò. Todas las grandes familias odian el injusto despotismo de los Médicis. ¿Cómo hemos de dejar que se alce esa casa orgullosa sobre las ruinas de nuestros privilegios? Las capitulaciones no se cumplen... El poder de Alemania crece... Es tiempo ya de reunir á los patriotas... ¿Responderás á nuestro llamamiento?...

LOR. ¿Vos qué decís, señor Venturi?

BAUT. Señor, yo pienso lo mismo. No tengo ni una palabra más que añadir.

LOR. ¿Ni una palabra?... ¿Ni siquiera una palabra menuda y sonora?... ¡Ah, no conocéis la verdadera elocuencia! ¡Mirad! Se hace girar un gran período alrededor de una palabra bella que no sea ni muy corta ni muy larga y redonda como un peón de música. Se lleva uno el brazo izquierdo hacia atrás para hacer con el manto pliegues llenos de dignidad y de gracia, y se suelta el período que se desarrolla sonoro... y el peón de música se escapa con ruido delicioso... casi, casi parece que se le va á poder recoger en la palma de la mano, como hacen los niños en las calles.

BINDO ¡Eres un insolente! ¡Responde á mi pregunta, ó vete de mi presencia!

LOR. Soy de los vuestros, tío. No lo dudeis, soy republicano hasta el alma. No lo dudeis un solo instante; ¡todo mi ser respira un inmenso ámor á la patria! (Se oye un gran ruido como de gentes que llegan y llaman á la puerta. Lorenzo abre y un Paje desde la puerta dice, anunciando:)

PAJE Su Alteza el Duque. (Entra el Duque.)

ESCENA III

DICHOS y el DUQUE ALEJANDRO

LOR. (Inclinándose, respetuosamente irónico.) ¡Oh, qué exceso de favor, príncipe mío! ¡Os dignais visitar en persona á vuestro pobre servidor!

DUQUE ¿Quiénes son esos hombres? Quiero hablarte.

LOR. Tengo el honor de presentar á Vuestra Alteza á mi tío Bindo Altoviti, quien lamenta que su larga permanencia en Nápoles no le haya permitido arrojarse más pronto á vuestros pies. Este otro señor es el ilustre Bautista Venturi, que fabrica seda, pero que no la vende. ¡Que la presencia inesperada de tan alto príncipe en tan humilde casa no os turbe! Lo que pidais os será concedido, ó ó podreis decir que nada valgo cerca de mi gracioso soberano.

DUQUE ¿Qué pedís, vos, Bindo?

BINDO ¡Alteza!.. Yo lamento que mi sobrino...

LOR. El título de Embajador en Roma no pertenece á nadie en este momento. Mi tío acariciaba la idea de obtenerle de vuestras bondades. No hay en Florencia quien pueda compararse con él, en lo que respecta á la lealtad y adhesión á Vuestra Alteza.

DUQUE ¿Es así, Renzino? Entonces, querido Bindo, ya está hecho lo tuyo. Vete á verme mañana al palacio.

BINDO Alteza, yo estoy confundido... no sé cómo reconocer...

LOR. El señor Venturi, aunque no vende su seda, quisiera un privilegio para sus fábricas.

DUQUE ¿Qué privilegio quiere?

LOR. Vuestro escudo sobre su puerta, con el título... Concédeselo, monseñor, si de verdad amais á los que os aman.

DUQUE Concedido también. Podeis retiraros señores. ¡La paz sea con vosotros!

BAUT. Alteza, me colmais de alegría... yo no puedo expresar...

DUQUE (A su guardia.) ¡Dejad pasar á esos señores!

BINDO (A Venturi al salir.) ¿Habeis visto? ¡Esto es infame!

BAUT ¿Y qué vais á hacer?

BINDO ¿Qué he de hacer, si ya estoy nombrado?

BAUT Es verdaderamente terrible. (Vanse.)

ESCENA IV

LORENZO y el DUQUE

DUQUE ¡Renzo, la Marquesa Cibo, me pertenece ya!

LOR. Lo siento.

DUQUE ¿Por qué?

LOR. Por lo que pueda perjudicar á otras.

DUQUE No lo creas. Ya ha empezado también á aburrirme. Lo que vengo á saber, es quién es aquella hermosa mujer que arregla sus flores en aquella ventana. Hace tiempo que me he fijado en ella al pasar.

LOR. ¿Dónde?

DUQUE Allí abajo... (Señalando por el ventanal.) En tu mismo palacio.

LOR. No es nada.

DUQUE ¿Nada?... ¿Tú llamas nada á los brazos de esa Venus?

LOR. Es una vecina.

DUQUE Bien. Pues yo quiero hablar con esa vecina... (Sin dejar de mirar.) Y es más... ¡Torpe de mí! que ahora caigo en quién es. Sí... Catalina Ginori.

LOR. No.

DUQUE Sí, la reconozco... la reconozco... ¡Es tu tía; sí, tu tía! Es preciso, Renzo, que la llevemos á cenar.

LOR. No puede ser. Es una virtud.

DUQUE ¿Es que las hay para nosotros, Rencino?

LOR. ¡Bien!... Yo se lo diré si os empeñáis; pero os advierto que es una gran pedante... ¡Habla latín!

DUQUE Supongo que no se acordará del latín en el amor... Ven por aquí. Desde esta galería la veremos muy bien... ¿Pero qué es eso?... ¿A quién llevan allí?

LOR. ¡Juraría que á los Strozzi!... ¿Tú lo has ordenado, Alteza?

DUQUE ¡Yo, sí! ¿No sabes? Esos perros han asesinado á mi leal Salviati... ¡Juro por Hércules, que esta noche dormirán en la cárcel y mañana al amanecer serán ahorcados!... ¡Vamos... veamos á Catalina, Renzino!

LOR. Otra vez será... ¡Sí, otra vez es mejor!... Ahora urge más que me presente en casa de Felipe Strozzi.

DUQUE ¿Para qué tienes que ver á ese viejo loco?

LOR. Ese viejo loco, está gastando su hacienda en socorrer á esas viles criaturas que vos desterráis, y parece ser que esas gentes se reunen en su casa antes de partir... Ahora quiero saber el efecto que ha causado la prisión de sus hijos... Iré allí y le reiteraré mi cordial amistad... Con eso podré enterarme de sus proyectos y tendré siempre una linda historia para contaros á la noche que os permitirá hacer que mañana temprano madruguen á su pesar, algunos de esos canallas.

DUQUE ¡Renzo, qué gran fortuna la mía de poseerte!

LOR. ¡Ah, y no sabéis lo delicioso que es mentir sin pudor y reirse delante del buitre!... Eso demuestra que no lo habéis probado jamás.

DUQUE ¡Bueno... bueno! Piensa en tu tía... Por ella, solo por ella, he venido á verte.

LOR. ¿Y la Cibo?

DUQUE Ya te he dicho que hables por mí á la hermana de tu madre. (Se despide autoritariamente y vase.)

ESCENA V

LORENZO y SCORONCONCOLO

LOR. (Apenas desaparece el Duque, cierra con llave la puerta por donde éste sale y se dirige á la puertecilla secreta que hay en el ángulo de la derecha y llama.) ¿Scoronconcolo?

SCOR. (Saliendo.) Maestro.

LOR. (Cierra las demás puertas y descuelga las espadas.) ¡La tuya... la mía!... (Se ponen á tirar.)

SCOR. ¿Maestro, es preciso gritar?

LOR. Grita, grita fuerte y tira al mismo tiempo. ¡Toma! ¡Para ésta! ¡Toma, muere, miserable!

SCOR. ¡Asesino!... ¡asesino!... ¡Me mata... me degüella!

LOR. ¡Muere... muere!... Pisa fuerte, más fuerte.

SCOR. ¡A mí... á mí!... Socorro... me mata... ¡Lorenzo del infierno!...

LOR. ¡Muere, canalla!... Al corazón... al corazón... Yo te abriré las entrañas. . te cortaré á pedazos... te comeré... te morderé... (Cae estenuado en un sillón.)

SCOR. (Limpiándose el sudor.) ¡Maestro, has inventado un extraño juego y te entregas á él como un verdadero tigre!

LOR. ¡Oh, sol... oh sol! Hace tiempo que estás seco como el plomo... te mueres de sed y mi sangre te embriagará... ¡Venganza mía, cuánto tiempo hace que crecen tus uñas!... ¡Oh, dientes de Ugolino, un cráneo os hace falta!

SCOR. Deliras, maestro... ¿Tienes la fiebre, ó sueñas?...

LOR. ¡Reid... reid, rufianes!... ¡Los padres... las hijas!... ¡Adioses... adioses sin fin!... ¡Las riberas del Arno llenas de adioses!... ¡Los chicos de la calle lo escribirán sobre los muros!... ¡Ríe, viejo... ríe bajo tu gorro blanco! ¿No ves que mis uñas crecen?... ¡El cráneo... el crá-

neo me hace falta! (*Se desmaya. Scoronconcolo, le echa agua en la cara para que vuelva.*)

SCOR. (*Cuando vuelve Lorenzo.*) ¡Maestro, tú tienes un enemigo! Maestro, yo no puedo olvidar que sin el indulto que me conseguiste, yo estaría ahora muy lejos... ¡Maestro, si tienes un enemigo, dímelo, y yo le haré desaparecer sin que lo sienta la tierra!

LOR. No; no hay nada. Ya te he dicho que hago estos juegos, por el solo placer de molestar con el ruido á los vecinos.

SCOR. Ya deben estar acostumbrados. Y ya podías asesinar aquí á treinta hombres y arrastrarlos por el suelo, sin que nadie sospechase que ocurría nada nuevo en la casa.

LOR. ¿Tú lo crees?

SCOR. ¡Tú tienes un enemigo, maestro! ¿No te he visto yo golpear el suelo con los pies y maldecir el día de tu nacimiento? ¿No tengo yo oídos? ¿No te he escuchado decir, en tus furores, la palabra venganza?... Maestro, tú adelgazas, tú ya no ríes y ya se sabe que nada es de tan mala digestión como un buen odio. Siempre, cuando hay dos hombres al sol, la sombra del uno estorba al otro. Tu médico está en mi espada... ¡Déjame curarte!

LOR. ¿Ese médico te ha curado á tí alguna vez?

SCOR. Cuatro ó cinco.

LOR. Enséñame tu espada. (*Examinándola.*) ¡Es una hermosa hoja!

SCOR. ¡Prueba y verás!

LOR. Has adivinado mi mal. Yo tengo un enemigo; pero para él, no me quiero servir de una espada que haya servido para otros. ¡La que le mate, no tendrá más que un bautismo y guardará su nombre!

SCOR. ¿Cómo se llama?

LOR. No te importa. ¿Me serás tú leal?

SCOR. ¡Por tí, yo volvería á clavar á Cristo en la cruz!

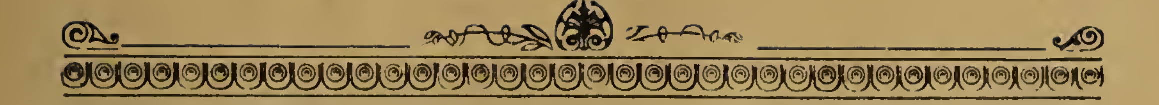
LOR. Te lo diré... ¡Me has de hacer falta! Yo soy pequeño como una pulga y él es grande como un jabalí. . Si se defiende, cuento con-

tigo, para sujetarle las manos... Nada más... ¡Lo demás me toca á mí!... Yo te avisaré con tiempo y lugar... yo te avisaré.

SCOR. ¡Amén, maestro!

LOR. ¡Yo te avisaré!

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Cámara íntima en el palacio del Duque. Ventanal al jardín. Muebles cómodos, ricos y que acusen refinamiento en el gusto. Objetos de arte. Panoplias, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

El DUQUE, medio desnudo; TEOBALDEO, retirándole; GIOMO, tocando el bambolín

GIOMO (Canta.)
¡Cuando yo muera
quiero que lleven
á mi querida
mi corazón!

DUQUE Ya decía yo que tenía que preguntarte alguna cosa... Dime: ¿qué te había hecho aquel muchacho á quien pegabas ayer tan lindamente?

GIOMO Si he de decir verdad, no lo sé, y creo que él tampoco lo podrá decir ya.

DUQUE ¿Cómo?... ¿Ha muerto acaso?

GIOMO Era un chico de ahí enfrente... Al venir me ha parecido ver su entierro.

DUQUE ¡Ya sé que cuando tú golpeas, sabes hacerlo bien!

GIOMO — Es favor que Vuestra Alteza me hace. Yo os he visto, monseñor, matar á un hombre de un golpe más de una vez.

DUQUE — Estaría algo alegre. Cuando yo bebo un poco, todos mis golpes son mortales. ¿Pero qué tiene el pintorcito?... ¡Cualquiera diría que le tiembla la mano!

TEOB. — No es nada, monseñor... Si le parece á Vuestra Alteza... (Entra Lorenzo.)

ESCENA II

DICHOS y LORENZO

LOR. — ¿Qué tal marcha el retrato? Alteza, ¿estais contento con mi protegido?

DUQUE — Me está retratando como á un emperador de la vieja Roma.

TEOB. — No olvidaré yo nunca, monseñor, el día en que vos y el Cardenal Valori se fijaron en mí á la puerta de una iglesia.

LOR. — Nosotros, los Médicis, sabemos gustar como nadie el lujo de cultivar artistas.

DUQUE — Artistas de todas las artes.

LOR. — Y dí, joven pintor, ¿cuánto hay de esa obra á la inmortalidad?

TEOB. — La inmortalidad es la fe... Aquellos á quienes Dios favoreció con sus alas, llegan allí riendo.

LOR. — ¡Hablas como un discípulo de Rafael!

TEOB. — ¡Era mi maestro, señor!

LOR. — Mañana irás á mi casa; quiero que retrates desnuda á la *Mazzafirra*.

TEOB. — Respeto á mi arte y no puedo hacer el retrato de una cortesana.

LOR. — Tu Dios se ha tomado el trabajo de hacerla, tú puedes muy bien tomarte el de pintarla. Dime: ¿podrías hacerme una vista de Florencia?

TEOB. — Sí, monseñor.

LOR. — ¿Pintarías Florencia con sus plazas, sus calles, sus palacios y sus casucas?...

TEOB. — Sí, monseñor.

LOR. Pues si puedes pintar un lupanar, ¿por qué no podrías pintar una cortesana?

TEOB. ¡Señor, yo respeto á mi madre!

DUQUE ¿Quién es tu madre?

TEOB Florencia.

LOR. Entonces eres un bastardo. (El Duque ríe.)

TEOB Una herida sangrienta puede corromper un cuerpo; pero de la sangre de mi madre sale una flor... ¡El arte es una flor divina que necesita á veces del estiércol para que abone las tierras en donde crece!

DUQUE ¿Cómo entiendes tú eso?

TEOB. ¡Hay muchas cuerdas en el arpa de los ángeles!... La brisa hará mover las más débiles y sacará música de ellas; pero la cuerda de plata no vibra más que cuando pasa el huracán. Es la más bella y la más noble... Y, sin embargo, suena mejor cuanto más ruda es la mano que la toca. ¡La inspiración es hermana del dolor!

LOR. ¿Es decir que los pueblos desgraciados son los que hacen los grandes artistas?... Yo quisiera ser alquimista de tú alambique. Las lágrimas de los pueblos se vuelven perlas en él.

TEOB Yo digo que la poesía es el más dulce de los dolores.

LOR. Sigue, joven pintor, sigue inmortalizando á Su Alteza. (Coge la cota de malla del Duque, que está sobre un sofá.) ¿Veo que os habéis quitado vuestra cota de malla?... Y por cierto que os debe dar calor.

DUQUE Si me molestase no la llevaría. Es de hilo de acero, la lima más sutil no podría rozarla, y al mismo tiempo es ligera y suave como la seda. No existe otra igual en Europa.

LOR. ¿Creéis que resiste al puñal?

DUQUE Seguramente.

LOR. Sí, ahora recuerdo que lleváis esta cota siempre bajo la sobre-vesta... El otro día, volviendo de la caza, cuando venía á la grupa de vuestro caballo, la sentía bajo mis dedos, al teneros abrazado... ¡Es una prudente costumbre!

DUQUE Sí, es lo que tú dices; una costumbre.

LOR. Vuestro traje es magnífico, ¿por qué posáis medio desnudo? Vuestra cota de malla hubiera hecho muy bien en el retrato. Habéis hecho mal en quitárosla.

DUQUE El pintor lo ha querido. Así tendré semejanza con una imagen antigua.

TEOB. Monseñor, si queréis, podemos dar por terminada la sesión de hoy.

DUQUE A fe, Teobaldeo, que ya me cansaba de estar quieto.

LOR. ¿Giomo hace música?... Yo también quiero hacerla. ¿Dónde está mi bandolín? (Ha cogido la cota de malla del Duque que esconde con gran cuidado debajo de su manto y vase como para buscar el bandolín.)

DUQUE (Levantándose.) ¡Teobaldeo; tú serás célebre por haber pintado mi efigie!

TEOB. ¡Es un honor para mí, monseñor!... ¿Me permitís que me retire?

DUQUE Márchate en hora buena. (Vase el pintor.)

GIOMO (En la ventana.) ¿Qué diablos hará Lorenzo en el jardín, inclinado sobre el brocal del pozo? ¡No creo que esté allá su bandolín!

DUQUE Voy á vestirme. Dame mi cota de malla.

GIOMO (Buscando.) ¿Queréis creer que no la encuentro?

DUQUE Renzino la tenía en sus manos hace un momento... al marcharse la habrá tirado en algún rincón por no tomarse la molestia de volver á ponerla donde estaba.

GIOMO (Sigue buscando.) ¡Es increíble... es increíble!...

DUQUE Búscala bien.

GIOMO Os digo que no está... ¡Ved que el aposento no es tan grande!

DUQUE Renzo la tenía ahí, en ese sofá. (Al ver á Lorenzo que entra.) Dí, ¿qué has hecho de mi cota de malla... ¡No se encuentra por ninguna parte!

LOR. ¿Vuestra cota de malla?... ¡Ah, sí... es verdad, ya me acuerdo!... No sé si la dejé aquí... ó si la arrojé allá... ¿queréis creer que no me acuerdo?... Sólo sé que he encontrado mi bandolín. (Se pone á tocar y canta.)

¡Buenos días, señora abadesa,
abadesa de mi corazón!

DUQUE (Buscando.) Es inaudito que se haya perdido mi cota y solamente me la había quitado dos veces en mi vida.

LOR. ¡Vamos, Alteza, no andéis mirando por los rincones... no es cosa de que el hijo de un Papa, se convierta en ayuda de cámara. Vuestros criados la encontrarán.

DUQUE Tú eres quien la ha perdido.

LOR. ¡Bah, si yo fuese Duque de Florencia, me inquietarían más otras cosas que mis cotas de malla! Apropósito, Alteza; ¿sabéis que he hablado con la hermana de mi madre?

DUQUE (A Giomo.) Déjanos solos.

GIOMO ¡Señor! (Vase.)

ESCENA III

El DUQUE y LORENZO

DUQUE Dime, ¿conque has hablado de mí á Catalina?

LOR. ¡Os adora! Su alma ha perdido el reposo, desde que conoce vuestro amor. Está deseando de sacrificaros el resto de virtud que le queda.

DUQUE ¿Hablas en serio?

LOR. ¡Serio como la muerte! ¡No faltaba más, si no que una tía mía, no se rindiese á Vuestra Alteza!

DUQUE ¿Dónde podré verla?

LOR. En mi cuarto, señor. Yo haré poner unas cortinas blancas en el lecho y un tiesto de reseda sobre la mesa.

DUQUE ¿Y estás seguro de que irá?

LOR. Yo os juro que irá.

DUQUE Lorenzo, nunca pude soñar con un servidor como tú... Iré á tu casa después de mi cena... Me pondré una sobre-vesta de seda verde y perfumada. ¿Qué guantes debo llevar? ¿Los de guerra ó los del amor?

LOR. Los guantes de ámbar... los guantes del amor.

DUQUE ¡Si vieras que ya estoy harto de la de Cibo!

LOR. Señor, ¿me daréis licencia?... Tengo que salir... ¡Mi oficio de serpiente me llama!... Voy á ver lo que dicen por la ciudad de mi querido soberano.

DUQUE ¡Adiós, gran Lorenzo!

ESCENA IV

El DUQUE, luego SIRE MAURICIO, después GIOMO

DUQUE Y aun hay quien quiera mal á mi pobre Renzino... Yo creo que es un Médicis muy digno de su nombre.

MAUR. Alteza, perdonad; pero...

DUQUE ¿Qué le trae á Sire Mauricio por mi palacio á esta hora?

MAUR. Alteza, creo cumplir un deber dándoos cuenta de un hecho que pudiera ser de graves consecuencias.

DUQUE ¿Qué pasa? ¿Puso ya sitio á Florencia Francisco primero?

MAUR. ¡No os burléis, Alteza!... Felipe Strozzi reunirá esta noche en su palacio á sus deudos, invitados á un banquete, que tiene todo el aspecto de una conjura... Además.. ¡Debo decírselo!... Desconfiad de Lorenzaccio. Sé que ha pedido con gran urgencia al Obispo de Marzi caballos de posta... Se le ve frecuentar asiduamente el palacio de Strozzi, y ahora mismo acaba de entrar en él.

DUQUE ¡Bah!... ¡conque un banquete!... ¿Y qué celebra el viejo Strozzi, la prisión de sus hijos ó la virtud de su hija?

MAUR. Sé que en su honor se ofrece y que ella lo presidirá.

DUQUE Pues no os preocupe eso, Canciller. Yo le mandaré á esa virtud vino de los Médicis con que brindar. (Llamando.) ¡Giomo! (Giomo aparece y el Duque le habla al oído.) ¡Bravo!... así me gusta, que se regalen también los republicanos... ¡Veréis, Sire Mauricio, cómo mi

vino no les mueve á la conjura! ¡El vino de los Médicis, si embriaga dulcemente á sus adictos, mata también á los traidores!... (Telón.)

CUADRO SEGUNDO

Gran salón en el palacio de Strozzi. Muebles severos que no van con la época. Rompimiento al foro que da paso á un amplio comedor donde habrá una mesa servida para cuarenta y tres cubiertos, con con gran lujo y riqueza. Este rompimiento lo cierran amplios y ricos tepices que se descorran á su tiempo. A la derecha, en primer término; una puerta; á la izquierda, también en primer término, un ventanal cerrado con vidrios de colores, y en el tercero otra puerta. Luz artificial.

ESCENA PRIMERA

FELIPE STROZZI; después LORENZO

FEL. (Aparece sentado en un sitial, meditando, abrumado por las penas.) ¡Yo tengo muchos hijos... pero si esto sigue, no los tendré por mucho tiempo!... ¡Una venganza tan justa, como ese cielo es claro, se castiga como un crimen!... Mis hijos mayores están presos, como ladrones del camino .. ¡Luz del sol!... ¡yo he clamado siempre contra el disturbio y se responde así á mis palabras de paz!... ¡Ah, brazos míos, levantaos!... Cuerpo mío, que encorvaron el estudio y la edad, ¡álzate para la lucha! (Entra Lorenzo por la derecha.)

LOR. ¿Qué cambio amenaza al universo, si la cólera centellea sobre el rostro augusto y sereno del viejo Felipe?... Viejo Strozzi, ¿por qué derramas las joyas más nobles, las lágrimas de un hombre sin miedo y sin tacha?

FEL. ¡Es preciso librarnos de los Médicis, Lorenzo! Tú eres un Médicis; mas solo por el

nombre. ¿Sabes la nueva? Mis hijos están en la cárcel.

LOR. Sí, ya lo sabía.

FEL. ¿Es esa tu respuesta? ¿Es ese tu rostro, hombre sin espada?

LOR. Dime lo que quieras y yo te responderé.

FEL. Quiero luchar. He citado á los cuarenta Strozzi que hay en Florencia y no tardarán en venir á mi mesa... Ahora quiero hablar contigo. A despecho de todos, te he abierto siempre la puerta de mi casa; porque detrás del Lorenzaccio que la gente maldice, existe otro Lorenzo... Yo sé que tú amas la Patria... ¿Es verdad lo que pienso de tí?

LOR. ¡Caiga el mundo sobre mi cabeza si no es verdad!... Tus hijos están en la cárcel... Es eso todo?

FEL. ¿Te parece poco? ¡Los Strozzi sentados en el banco de los ladrones!... ¿Esas cabezas de mis hijos que yo he besado todas las noches, las he de ver mañana clavadas en la puerta de la Fortaleza?

LOR. No me hables en tono de reproche. En mi alma hay una tristeza á cuyo lado la noche más sombría tiene luz que deslumbra. Di, Strozzi, ¿por qué no te marchas de Florencia?...

FEL. ¿Yo un desterrado?... ¿Yo, muriendo en el lecho de una posada? ¡Lorenzo, no! ¡Los Strozzi se unirán con los Pazzi y libertaremos á Florencia!

LOR. Hay muchos demonios, Felipe; pero el que ahora te tienta es de temer como ninguno.

FEL. ¿Qué quieres decir?

LOR. ¡Ten cuidado con él! ¡Es un demonio más bello que un arcángel! ¡La libertad.. la Patria... la dicha de los hombres!... Todas esas palabras se oyen cuando él se acerca, como los sones de una lira. ¡Es el ruido de las plumas de plata de sus alas de luz! Yo le he visto pasar más de vez. Estaba inclinado sobre mis libros y me hizo estremecer.

FEL. No te entiendo del todo y no sé por qué tengo miedo de comprenderte.

LOR. No, Strozzi, no tratas sólo de librar á tus hijos... Oye á tu conciencia y verás cómo te arrastra otro pensamiento más vasto y más terrible.

FEL. Sí, es cierto. Quiero que la injusticia que se hace con mis hijos sea la señal de la libertad.

LOR. Yo sé, Felipe, que tú has soñado con la dicha de los hombres.

FEL. ¿Serás tú por dentro hediondo como por fuera?

LOR. Mira, Strozzi. Yo he sido honrado. Yo he creído en la virtud y en la grandeza humanas, como un mártir cree en su Dios... ¡Yo he derramado más lágrimas sobre la pobre Italia que Niobe sobre sus hijos!

FEL. Sigue, Lorenzo.

LOR. Mi juventud ha sido pura como el oro... En veinte años de silencio, el rayo se ha forjado en mis entrañas. Yo soy, sin duda, una chispa del trueno; porque una noche que yo estaba sentado en las ruinas de un coliseo antiguo, no sé por qué me levanté de pronto. Alcé al firmamento los brazos cubiertos de rocío, y juré que uno de los tiranos de mi patria moriría á mis manos. Yo era entonces un estudiante pacífico, no sé cómo tal juramento pudo nacer.

FEL. ¡Ah, yo siempre tuve en tí una fe muy grande... sin embargo, ahora me parece soñar!

LOR. Yo era feliz entonces... Mi nombre me llamaba al trono, y no tenía más que hacer que dejar pasar los días para que florecieran alrededor de mí todas las esperanzas humanas. Yo quise ser grande. La naturaleza y el orgullo me impulsaban á matar á un tirano. ¡Todas las coronas del mundo me hacían pensar en Bruto!

FEL. El orgullo de las virtudes es un orgullo noble.

LOR. Una estatua que descendiera de su pedestal para andar entre los hombres, sería algo parecido á lo que yo fuí el día que nació en mí tal pensamiento. ¡Es preciso que yo sea

como el vengador de Lucrecia, matador de un tirano, libertador de mi patria!

FEL. ¡Me admiras, Lorenzo, me admiras!

LOR. Primero pensé en matar al Papa Clemente séptimo. No lo hice porque me desterraron de Roma á tiempo. Yo he querido siempre obrar solo. Yo trabajaba por la humanidad; pero mi orgullo me aislaba de mis sueños filantrópicos. Yo no quería levantar á las masas, ni conquistar la gloria charlatana de un Cicerón. Yo quise llegar hasta el hombre, luchar cuerpo á cuerpo con la tiranía, matarla y llevar luego mi espada sangrienta á la tribuna.

FEL. Tu cabeza es de hierro.

LOR. Strozzi, tú has vivido como un faro brillante, que se alza inmóvil al lado del océano de los hombres, le mirabas con los reflejos de la luz y amabas la obra del Creador. Pero yo, como un buzo, me he hundido en en ese mar y he visto sus profundidades. ¡Mientras que tú mirabas su superficie, yo pasaba entre los restos de naufragios, los esqueletos y los leviatanes!

FEL. ¡Tu tristeza me parte el corazón!

LOR. Yo era al principio como tú eres; por eso no quiero que el demonio te tiente y quieras ver por dentro ese mar. ¡Que tu cabeza de plata siga viendo solo la superficie!

FEL. ¡No rompas mi báculo! Yo creo en todo lo que tú llamas sueños... La virtud... el pudor... y la libertad. El mal existe, pero no sin el bien. Como la sombra existe, pero no sin la luz.

LOR. Escucha. Otro dolor era el mío y otro fantasma me seguía también. Yo miraba en mi derredor y me decía: cuando yo haya matado al tirano, ¿á quién aprovechará mi acción?... He visto á los republicanos en sus casas... he entrado en las tiendas... he escuchado al pueblo. He esperado siempre á que la humanidad me mostrase algo de honrado y de bueno... ¡Yo observaba, como el novio observa á la prometida antes de las bodas!

FEL. ¡Pobre niño!

LOR. Quizá hay hombres buenos, pero ¿dónde están?... ¿qué hacen? ¡Qué importa que su conciencia esté viva si su brazo está muerto! Yo solo sé, Strozzi, que estoy perdido sin remedio, y que los hombres no sabrán aprovecharse de mi hazaña, como no habrán sabido comprenderla tampoco.

FEL. Tú has sido bueno, y estoy seguro de que cuando libertes á tu patria, lo volverás á ser. Ese repugnante disfraz que te desfigura, se perderá y aparecerás de tan puro metal como las estatuas de Harmodio y de Aristojiton. Mira, tú me iluminas, me lanzaré á la acción yo también. Haré un llamamiento al pueblo y obraremos abiertamente.

LOR. ¡Ten cuidado, Felipe, ten cuidado!... Quien te lo dice, sabe por qué te lo dice.

FEL. Yo creo en la bondad de los republicanos.

LOR. Te apuesto lo que quieras... Yo mataré al tirano y una vez muerto él, los republicanos podrían fundar la más bella y feliz república que ha florecido sobre la tierra... Pues estoy seguro, de que ni los republicanos ni el pueblo harán nada.

FEL. Y si crees que tu crimen será inútil, ¿por qué le quieres cometer?

LOR. ¡Mírame, mírame bien, Strozzi!... Yo he sido bueno, bello, virtuoso, tranquilo... Todo eso lo he perdido.

FEL. ¡Quién sabe, Lorenzo, quién sabe! Y ahora, noble amigo, déjame. Los cuarenta Strozzi van á llegar y no conviene que te vean aquí.

LOR. Me marcho, viejo Felipe, me marcho... ¡Ten cuidado de que el demonio no te tiente! Tus manos están puras, deja esas empresas para las manos que ya se han manchado como las mías. (Vase Lorenzo.)

ESCENA II

FELIPE; después los CUARENTA por la derecha

FEL. Harto sabía yo que un corazón de héroe vivía bajo ese aspecto de rufián. Yo hablaré ahora á los cuarenta hombres que llevan mi apellido, nos uniremos á los Pazzi y libertaremos á Florencia. (Entra un grupo de invitados, luego otro y otro, hasta cuarenta personas.) ¡Hola, hijos míos!

UNO ¿Por qué nos has mandado venir?

OTRO ¿Necesitas de nosotros?

FEL. Pedro y Tomás están en la cárcel.

UNO ¿Por qué?

FEL. Porque Salviati insultó á su hermana y ellos la han vengado. Alejandro les ha hecho prender para vengar la muerte de su rufián.

TODOS ¡Mueran los Médicis!

FEL. Es tiempo de que esto acabe. Mataran nuestros hijos y deshonrarán á nuestras hijas.

UNO Nada temas, Felipe. Nos vengaremos. (Aparece León con su hermana Luisa.)

ESCENA III

DICHOS. LEÓN y LUISA, por la izquierda

FEL. ¡He aquí á la virgen que presidirá nuestros combates!

LUISA Padre mío, ¿por qué no oigo hablar sino de luchas y de sangre?

FEL. ¡Triste es en verdad tu destino; pero consuélete el saber que son muchos y muy nobles los brazos que defienden tu nombre! Sentémonos, cenaremos, y después saldremos con la espada en la mano á libertar á nuestros hijos. (Descórrense los tapices del fondo y aparece una mesa servida para cuarenta, con gran lujo y brillantemente iluminada. Criados lujosos la sirven.)

TODOS ¡Viva la libertad! (Se sientan y se empieza la cena.)

FEL. ¡Yo soy vuestro patriarca! Nosotros somos tantos como los Médicis; los Ruccellai lo mismo... están también los Aldobrandini y veintenas más... Esta noche libertaremos á mis hijos. Mañana iremos todos juntos con la espada en la mano á llamar á las casas de las grandes familias... Hay en Florencia ochenta palacios, y de cada uno de ellos, saldrá un ejército como el nuestro cuando la libertad llame á sus puertas.

TODOS ¡Viva la libertad!

FEL. Dios es testigo, de que sólo una gran violencia me obliga á la rebelión. Durante sesenta años, he sido un ciudadano pacífico y bueno... Jamás hice daño á nadie.

TODOS ¡Es verdad!

FEL. No me mueve la ambición ni el interés, ni el orgullo. Soy rebelde ahora, porque Dios me hizo padre... Llenad vuestra copa y bebamos. ¡Brindemos por la muerte de los Médicis! (Los criados sirven vino en las copas. Convendría hacer notar al criado que sirve la copa de Luisa, por su aire de traidor, por la forma de escanciar y porque rápidamente, cuando haya llenado la copa de Luisa, desaparezca como el que huye.)

TODOS (De pie con las copas en alto.) ¡Mueran los Médicis!

LUISA (Después de haber bebido, dejando caer la copa y desvaneciéndose.) ¡Ah, me siento morir!

FEL. ¡Hija mía!... ¡Mi hija!.. ¡Dios mío, palidece!... ¡Habla, háblame á mí, soy tu padre!... ¡Corred... corred en seguida, avisad!...

LUISA ¡Me siento morir!... ¡Me siento morir! (Cae muerta.)

FEL. ¡Han envenenado á mi hija!

UNO ¡Cortad su corpiño!

OTRO Démosla agua templada.

OTRO ¡Esta muerta... muerta!

TODOS ¡Muerta! (Se hace un profundo silencio en el salón. Felipe se arrodilla ante su hija, cogiéndole las manos.)

UNO ¡Es el veneno de los Médicis!

OTRO ¡Oh, sí; ahora lo recuerdo! Nos servía á la mesa un criado que ha sido de Salviati.

VARIOS ¡Busquémosle, él ha sido, busquémosle! (*Vanse algunos.*)

UNO Felipe no escucha ya nada; está como herido por el rayo.

OTRO No debemos dejarle así.

OTRO ¡Esto clama venganza al instante... Corramos á matar á Alejandro!

OTRO ¡Que nos degüellen hasta el último, pero que quedemos vengados!

TODOS ¡Mueran los Médicis! (*Felipe se levanta como anonadado y coge su manto.*)

FEL. Amigos míos... hermanos míos... yo os confío mi hija, la enterraréis en el jardín, detrás de los rosales... ¡Adiós, mis amigos.. mis hermanos!... Yo me voy. ¡Adiós!

UNO ¿Y á dónde vas?

FEL. Ya sabéis, mis hijos están presos... mi hija muerta... ¡Es bastante... es bastante!

OTRO ¿Te vas sin venganza?

FEL. Sí, sí... Pero escuchad. He pensado otra cosa. No enterréis á mi hija... dejadla amortajada. Unos monjes que yo conozco vendrán por su cadáver... ¿Por qué la miramos si está muerta?... ¡Adiós, amigos... mis hermanos!... ¡Adiós!

UNO No le dejéis salir. ¡Pobre Felipe, la razón le abandona!

FEL. ¡Oh, no! No me hagáis violencia. No me encerréis en esta sala con el cadáver de mi hija... ¡Dejadme marchar!

OTRO Déjanos vengarte. Que tu Luisa sea nuestra Lucrecia... Haremos beber á Alejandro el resto de la copa.

OTRO ¡Juremos sobre su cuerpo morir por la libertad! ¡Felipe, piensa en tu patria!

FEL. Libertad... venganza... ¡Oh, sí! ¡Qué hermosas palabras!... ¡Pero yo tengo dos hijos en la cárcel y mi hija muerta! Si sigo en Florencia todo morirá en torno mío... ¡Adiós, me iré á Venecia!... Se cerrará este palacio y nadie pensará más en los Strozzi... Si sigue abierto, os veré morir hasta el último. (*Toma la actitud de irse.*)

Uno ¡Detente, mira, Felipe, es noche de tormenta! ¿Cómo vas á ponerte en camino?

Fel. ¡No, por Dios; no me detengáis! ¡Dejadme marchar!... Y no enterréis á mi pobre hija... Los monjes, mis amigos, vendrán por ella mañana .. ¡Dios de justicia... Dios de justicia, qué te he hecho yo! (Sálese del salón como un loco. Todos quedan como aterrados. Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

La misma decoración del cuadro segundo del segundo acto; pero habrá cambiado en que la chimenea está encendida y las colgaduras que cubren la alcoba descorridas, á fin de que se vea el lecho adornado con colgaduras blancas. Habrá una mesa servida con vinos y licores; rica cristalería y jarrones con flores sobre la mesa y la chimenea. Luz de aceite.

ESCENA PRIMERA

Los criados acabando de arreglar la habitación. Tras breve pausa entran LORENZO y SCORONCONCOLO por la izquierda

LOR. (A Scoronconcolo.) Pasa y siéntate. Ahora hablaremos. (A los criados.) ¿Habeis puesto ya las cortinas blancas en el lecho? Sí, está bien. Cuando hayais puesto flores sobre la mesa, poned éstas (Un gran puñado que toma de un búcaro.) al pie de la cama... Ahora encended un buen fuego en la chimenea; pero tened cuidado de que no haga llama y que los leños den calor sin dar luz, porque me molesta. (Los criados obedecen.) Está ya todo en orden. El vino... las copas... ¿Habeis concluído? Sí, está bien. Dadme la llave de abajo y marcharos á acostar. (Le dan la llave y vanse.)

ESCENA II

LORENZO y SCORONCONCOLO

LOR. Escucha. Te necesito...

SCOR. ¡Monseñor!

LOR. Vas á encerrarte... Estarás atento á mi primer aviso, detrás de esta puerta.

SCOR. Soy tuyo, maestro.

LOR. ¡Ay, Scoronconcolo... cuando pienso que yo he amado las flores y los sonetos de Petrarca, el espectro de mi juventud se levanta temblando delante de mí!

SCOR. Dí, maestro, ¿es que la hora de tu enemigo ha llegado?

LOR. Sí, ha llegado.

SCOR. Gracias, monseñor, porque te has acordado de mí.

LOR. Pero tú no harás nada, ¿sabes? No harás nada. Es cosa mía todo.

SCOR. ¿Y los vecinos, no se apercibirán del ruido extraño en tu cuarto, si es que hay lucha?

LOR. Imbécil, no ves que tenemos acostumbrada á la vecindad con nuestros juegos y nuestros asaltos...

SCOR. ¡Maestro, os admiro! ¡Sois un gran previsor!

LOR. Soy un Médicis y tengo la obligación de ser un artista. Esa sabia y larga preparación de una muerte es un gran refinamiento y una delicada exquisitez... ¡Anda, anda, ocúltate y está atento! Yo daré un golpecito así... (Dando con los nudillos suavemente en la puerta.)

SCOR. ¡Soy tuyo! (Entra por la puertá secreta y cierra.)

ESCENA III

LORENZO, solo

¡Qué hermoso es ver acercarse la realidad después de los sueños! ¡Voy á cometer una muerte, y ese crimen es todo lo que me

queda de mi virtud! Nadie me cree capaz de semejante empresa. Y creen también que no tengo orgullo, porque carezco de pudor; pero no saben que no quiero dejar en el silencio el enigma de mi vida. Que los hombres me comprendan ó no, yo habré hecho lo que tenía que hacer, y la humanidad conservará en su rostro mi bofetada de sangre. Mi vida entera está en la punta de mi espada, y poco me importa que la Providencia vuelva ó no la cara cuando escuche ese golpe. ¡Esta es la noche en que los hombres comparecen ante el tribunal de mi voluntad! ¡Por fin llegó la noche de mis bodas!... ¿Es que el espectro de mi padre me ha conducido como Orestes hacia un nuevo Ejisto? ¿Por qué he venido á Florencia?... ¡Solo para llegar á esta noche! El pensamiento de esa muerte ha reducido á polvo los ideales de mi vida... ¡Pobre Strozzi! ¡Su hija era bella como la aurora!... ¡Oh, Catalina, mujer tan pura como las que acaban de nacer, si supieras qué bestia te ha mirado y se ha atrevido á codiciarte! (Llaman á la puerta.) ¿Quién es? ¿Sois vos, Alteza?... (Se dirige á la izquierda para abrir, y se detiene, al ver á Catalina, que entra por la derecha.)

ESCENA IV

LORENZO y CATALINA

CAT. Lorenzo, ¿por lo visto esperas al Duque?

LOR. ¿Tú en mi cuarto y á tales horas?

CAT. Son las únicas en que te se puede encontrar en él.

LOR. (Aparte.) ¡Oh! ¿Qué es lo que la atrae?... ¿Es la fatalidad? (Alto.) ¿Quieres sentarte aquí, al lado de la lumbre?

CAT. ¿No sabes que tu madre está enferma?

LOR. No lo sabía.

CAT. ¿No sabes tampoco que me han dado en la calle una carta del Duque?

LOR. ¿Se ha atrevido á escribirte?...

CAT. Sí, mira. (Le enseña una carta.) Y me dice que tú me habías hablado, sin duda, de su amor.

LOR. ¡Tú sabes muy bien que jamás te he dicho nada de ello!

CAT. Esta carta ha sido un puñal para nuestra madre.

LOR. ¿Y tú no has sabido decirla que yo no te hablé de eso jamás? ¡Oh, créeme infame, todo lo infame que quieras; pero en eso no... en eso no!

CAT. Y dime: ¿por qué está tu cuarto tan arreglado? Nunca creí que el espíritu de orden fuese tu mayordomo.

LOR. Ya ves cómo voy cambiando. Esto me prueba que puedo ser otro muy distinto del que todos me creeis...

CAT (Observándolo todo.) Aquí hay flores... y allí también... ¿Esperas acaso á una mujer?... ¡Desgraciada de ella! Si yo la conociera la detendría en la puerta... Aquí hay licor y hay copas... ¿Quizá también vas á recibir algunos amigos?

LOR. No estoy seguro. No sé si alguien vendrá.

CAT. Lorenzo, ¡miserable de tí si no vuelves á ser bueno! Y esto te lo digo porque sé que lo fuiste.

LOR. Sí, yo también me acuerdo de haberlo sido.

CAT. ¡Si fueras bueno, gozarías con la ternura, con la virtud!...

LOR. No sé si ya será muy tarde para todo eso.

CAT. Todos los males pueden curarse.

LOR. Mira. ¡La mano que levanta una vez el velo de la verdad, no lo vuelve á dejar caer! ¡Y lo levanta y lo aleja más y más de nuestras frentes hasta que el ángel del reposo eterno nos cierra los ojos!

CAT. ¡Jamás es tarde para volver al bien!

LOR. Sí. En mí es tarde ya. El vicio se ha pegado á mi cuerpo y le abrasa, como una túnica de Deyanira. Sólo sí te aseguro que cuando bromeo entre los rufianes me siento serio como la muerte en medio de mi alegría.

CAT. Desgraciado de tí. (En actitud de marcharse.)

LOR. Escucha, antes de que te vayas. ¿Qué ha pensado tu corazón inocente de esa carta del Duque?

CAT. ¡Qué quieres que haya pensado, Lorenzo!

LOR. ¿Acaso no te has sentido encantada en tu interior?

CAT. ¡Malvado!

LOR. Un amor como ese es el ideal de muchas... ¡Ya ves, el título de querida del Duque nada menos!... ¡Vete, vete, Catalina!... ¡Déjame!... ¡No me escuches!... ¡Por lo que más quieras, vete!

CAT. ¡Adiós, pobre Lorenzo!

LOR. Dí á mi madre que iré á verla después. ¡Vete, vete! (Vase Catalina.)

ESCENA V

LORENZO, solo

¡Si está un momento más, la hubiese pervertido mi aliento hediondo de rufián abyecto! Sin embargo, si yo no estuviera aquí, la pobre Catalina moriría como Luisa Strozzi... ¡Y pensar que yo he podido hacer de esa paloma la presa de aquel buitre!... Ahora estará bebiendo con Giomo, su húngaro grosero, que de tan poco va á servirle esta noche... Y luego me preguntará al entrar: «Dime, ¿tu cuarto está bastante retirado?... ¡Oh, será muy divertido!... Me equivoco en el tiempo... Aun es pronto... falta media hora.» (Sale la luna y entra su claro resplandor por el ventanal.) ¡Ah, estás ahí, pálida dama! ¿Has venido á presidir la noche de mis bodas, la noche de mis sueños? ¡Ah, si los republicanos fueran hombres, qué revolución habría mañana en la ciudad! ¡Los republicanos!... He avisado á todos los principales de que el tirano morirá esta noche y apenas si atendieron mi aviso.

No harán nada, no. Pedro Strozzi no es más que un ambicioso... Los Runccellai son los únicos que valen algo, pero nadie hará nada. Sé muy bien lo que dije al viejo Strozzi ese pobre iluso. No hay más que charlatanes.... ¡Ah! ¡palabras!... ¡palabras!... ¡palabras! Si hay alguien allá arriba... ¡cómo se debe reir de nosotros! ¡Oh, charlatanes; famosos matadores de cuerpos muertos, grandes descerrajadores de puertas que se abrieron solas, hombres sin brazos!... ¿Qué es aquella luz que veo allí, bajo el pórtico de aquella iglesia? Están tallando y removiendo piedras. ¡Qué valientes son los hombres con las piedras! ¡Ah, si están esculpiendo un crucifijo! ¡Y con qué entusiasmo le clavan!... ¡Yo quisiera ver que ese cuerpo de mármol les echaba los brazos al cuello estrangulándoles... Ya va siendo la hora... Catalina y mi madre dormirán ya. (Suena un reloj.) La hora, la gran hora se acerca... Catalina decía bien.. Mi aposento está de fiesta esta noche. Apagaré la luz. Le diré al Duque que es motivo de pudor... Pero no, no la apagaré. Quiero que se vea matar... Sería terrible que hubiese adquirido otra cota de maya. ¡Maldita invención! Luchar contra Dios ó contra el diablo no importa; pero es terrible tener que luchar con una tela de hierro, tejida por la mano sucia de un armero ingenioso. ¡Ya le estoy viendo entrar! ¿Cómo le mataré? ¿Sentado ahí... acostado en el lecho, ó de pie?... ¡Ya veremos! Scoronconcolo saldrá y nos llegaremos á él. Le tendré como á un ratoncillo... Yo no sé si debo de beber para prepararme... No, no debo de beber... ¡Lo triste es que mi madre morirá al saberlo!... Y morirá diciendo, ¡crimen, crimen! (Llaman á la puerta.) ¿Quién va?

DUQUE (Dentro.) Lorenzo, abre, soy yo. (Lorenzo abre.)

ESCENA VI

LORENZO y el DUQUE

LOR. ¡Ah, bien venido, Alteza! Pasad, que ya os esperaba.

DUQUE Hace frío, ¿sabes?

LOR. Calentaos. Aquí hay un buen fuego. (Echa la llave á la puerta por donde entró el Duque.)

DUQUE ¿Por qué echas la llave?

LOR. ¡No es por ahí por donde tiene que venir vuestra felicidad de esta noche!

DUQUE ¡Ah, y quieres evitar una sorpresa! Eres previsor. Me quitaré el manto.

LOR. Y la espada también. ¡Supongo que no os hará falta para amar!

DUQUE No por cierto. (Se la quita y la da á Lorenzo, que la cuelga en la cama, envolviendo el tahalí con el puño, de manera que no se pueda desenvainar.)

LOR. Pero de todos modos, aquí os la dejo. Siempre es bueno tener un arma cerca.

DUQUE Y dime, ¿la has hablado? Te digo verdaderamente que no hay mujer que más me agrade.

LOR. ¿Que si la he hablado? Desde que recibió vuestra carta, es ella la que no deja de hablar de Vuestra Alteza.

DUQUE ¿Es verdad?

LOR. ¡Oh, tan verdad como lo oís! No me ha costado ningún trabajo convencerla.

DUQUE Famosa noche es esta.

LOR. ¡Oh, en eso no sabeis la verdad que decís! No sabeis la noche que os espera. Vais á galope á la felicidad.

DUQUE Y apropósito. ¿Para qué has pedido unos caballos al obispo de Marzi?

LOR. Para ir á ver á mi hermano que está enfermo. Ya sabeis que yo adoro á la familia... ¿Pero no bebeis? Este es siempre un buen prólogo del amor.

DUQUE ¡Oh, excelente Lorenzo! Qué bien preparado

lo tienes todo. (Beben.) ¿Y no sabes lo más chistoso?

LOR. No. Yo no sé nada de chistoso.

DUQUE Pues figúrate que me han dicho que me querías matar.

LOR. Efectivamente, la cosa tiene gracia. ¿Por qué no bebeis más?

DUQUE ¿Y Catalina, no viene? Tendrás que ir á buscarla.

LOR. No os inquieteis, que todo llegará. Y aun antes de lo que se figura Vuestra Alteza.

DUQUE Beberemos... Pues sí, eso me han dicho.

LOR. Y os repito, que tiene verdadera gracia. Porque figuraos que fuese verdad.

DUQUE Nunca te he visto con tanta gana de broma. En verdad que sería gracioso que me matases tú.

LOR. Y, sin embargo, todo puede suceder en la vida.

DUQUE No; hay cosas que no pueden ocurrir y esa es una de ellas. ¡Tu Renzo, mi Renzino!...

LOR. Sí, yo. Puedo coger una espada como esta, (Señala la suya.) puedo sacarla... puedo heriros... puedo tener el honor de matar á Vuestra Alteza.

DUQUE Vamos, déjate de chanzas. Vete á buscar á Catalina, ó, de lo contrario, iré yo. ¡Venga mi espada! ¡Qué has hecho con ella que no sale de la vaina. (Se levanta y va hacia la puerta.)

LOR. Es inútil, mi querido Duque; ya habeis visto que he cerrado con llave. (Va hacia la puertecilla secreta y llama con los nudillos.)

DUQUE ¿Qué haces? Es por ahí por donde debe venir? Yo entretanto esperaré reposado en el lecho. (Lorenzo con la espada en la mano, se pone delante como cerrándole el paso.)

LOR. ¿A dónde vas?

DUQUE Estás loco, Lorenzo. Voy á esperar que venga la hermana de tu madre. (Scoronconcolo, que habrá salido silenciosamente, le sujeta al Duque los brazos por detrás.) ¿Qué brazos de hierro me agarran? Lorenzo, ¿no ves que me sujetan?

LOR. ¿No esperabas á Catalina, la noble doncella? Pues mira; esta es la virgen con quien

tú dormirás esta noche. (Mostrándole la espada.) ¡Bodas de tigre!

DUQUE ¡Lorenzo, tú no eres tú!

LOR. Al contrario, ahora es cuando soy yo. Lorenzo de Médicis. El hombre que tú no habías sospechado nunca.

DUQUE ¡Monstruo! Soy tu señor.

LOR. ¡Pobre tirano! ¡No creías tú que Lorenzaccio, tu rufián, había de ser el vengador de la patria! ¡El pobre pueblo ha llorado bastante!

DUQUE ¡Traidor!

LOR. No, traidor no. ¡Soy el brazo de la justicia infinita! ¿A qué has venidó esta noche á esta casa? A deshonrarla también. ¡Y creías que yo había de entregarte á Catalina, mi hermana! ¡Mírame bien, Alejandro; debe de haber una nube de fuego encima de mi cabeza! ¡Mira mi espada! ¡Parece la espada encendida del Arcángel! ¡Ya te estás viendo deshecho en cenizas delante de ella!... (Le hiere Scoronconcolo; suelta al Duque, que cae diciendo: «¡Monstruo!» y muere.)

SCOR. Maestro, ya hemos hecho lo que teníamos que hacer. Debemos huir.

LOR. ¡Déjame! ¡Es la gran noche de mi vida! ¡Déjame gozar de su cielo! (Abre el ventanal y la luz de la luna cae sobre el cuerpo del Duque.)

SCOR. ¡Era el Duque de Florencia!... ¡Hemos matado al Duque!

LOR. (En la ventana.) ¡Oh, noche, qué puro es tu ambiente y qué hermoso es tu cielo! Respira... respira corazón!

SCOR. ¡Maestro, huyamos!

LOR. ¡Qué dulce es el viento de la noche! ¡Cómo se abren las flores!... ¡Oh, Naturaleza soberana!... ¡Oh, eterno reposo!

SCOR. ¡Señor, el aire va á helar el sudor de tu rostro... Ven, monseñor!

LOR. ¡Oh, noche suprema!... Sí, vamos. Aquí tengo la llave... ¡Cerraremos!...

SCOR. ¡Era el Duque! ¡Era el Duque!

LOR. ¡Cerraremos! (Vanse y se oye el chirrido de la llave al cerrar la puerta.—Telón.)

CUADRO EPILOGAL

Cuarto de Strozzi en Venecia, con gran ventanal abierto, en el ángulo de la derecha, desde el cual se verá gran parte de la ciudad, y en las lejanías el gran canal y el campanil de San Marcos. Puerta de entrada en primer término de la derecha.

ESCENA PRIMERA

FELIPE STROZZI

¡El Consejo de los Ocho que juzgó á mis hijos, salvó sus vidas y les devolvió la libertad; pero también tuvieron que salir desterrados de Florencia!... ¡Cuántas tristezas para mi corazón de ciudadano llegan todavía hasta mi pobre cuarto de desterrado en Venecia! Veo á mi hijo Pedro más inclinado á servir al rey de Francia que á servir á su patria... Yo estoy ya muy viejo y nada podré hacer. Moriré lejos de Florencia. ¡Y Florencia entretanto seguirá siendo la víctima de Alejandro de Médicis!... ¡Pobre vida mía consumida en las abstracciones del estudio y del ideal! (Llaman á la puerta.) ¿Eres tú, Pedro, hijo mío?

ESCENA II

FELIPE y PEDRO

PED. Sí, padre mío, yo soy, que vengo á deciros que el tiempo de las lágrimas ha pasado.

FEL. ¿Y qué sabes tú lo que es el tiempo de las lágrimas?

PED. ¡Padre, los desterrados te reclaman! Formaremos un ejército é iremos á libertar á Florencia. Es preciso concluir con el poder de Alejandro de Médicis. Cien desterrados se

han juntado en Sestino. Podemos llegar á Florencia durante la noche y sorprender la ciudadela. Entonces la ciudad es nuestra.

FEL. No me busques á mí para eso.

PED. Padre, todos os reclaman. No podemos pasarnos sin vos. Los confederados cuentan con vuestro nombre. Francisco primero espera también de vos un movimiento en favor de la libertad. Os escribe como al jefe de los republicanos florentinos. He aquí su carta. (*Le entrega una carta.*)

FEL. (*Después de leerla, devolviéndosela*) Dile al que te haya dado esa carta, que responda al rey de Francia de mi parte: «El día en que Felipe Strozzi lleve las armas contra su patria, no será más que un loco desdichado.»

PED. Padre, ¿así perdeis la causa de los vuestros, por el solo placer de hacer una frase? Antes de decirnos eso debeis reflexionar...

FEL. Hace más de sesenta años que sé la respuesta que se debe á una carta como la del rey de Francia.

PED. ¡Padre, no os entiendo! Cuando el Duque Alejandro nos llenaba de agravios, vos mismo me dijisteis: Vamos á casa de los Pazzi. Nos reuniremos todos por el bien común.

FEL. Sí, pero era muy diferente. El ciudadano ofendido que sale de su casa, espada en mano, con sus amigos, es muy distinto del rebelde que en pleno campo hace las armas contra su patria. En este caso no sería ir contra el Duque, sería ir en son de guerra contra Florencia.

PED. De lo mismo se trataba entonces que ahora. Se trata de libertar á Florencia de Alejandro.

FEL. Mi dolor por las desdichas de mi patria es muy grande, hijo mío, pero no es un dolor ambicioso. Déjame solo, y vé, si quieres, á tal empresa; pero conmigo no contéis.

PED. ¡Viejo obstinado! Tú serás la causa de nuestra ruina.

FEL. ¡Calla, insolente!

PED. Iré á buscar á los confederados y les diré

que no has querido ponerte á su cabeza. Les diré también que si Felipe no quiere ayudarles, Pedro Strozzi no les abandona.

FEL. ¡Vete y diles lo que quieras!

PED. No, no. Padre, venid. Quieren vuestro nombre, si no estoy seguro de que no se hará nada.

FEL. Pues que no se haga nada. No quiero que se diga que he puesto mis canas al servicio del rey de Francia y que he hecho armas en contra de mi país.

PED. Todo, todo perdido por vuestra obstinación.

FEL No eres digno del nombre de Strozzi. ¡No sabes cuáles son las virtudes de tu linaje! ¡¡Vete, vete con tus confederados! Déjame solo!

PED Iré y les llevaré vuestra respuesta. ¡Que sepan que los desamparais y que así amais la libertad! (Vase.)

ESCENA III

FELIPE, después LORENZO

FEL. ¡Todo esto significa, Felipe, que tu día ha llegado! ¡Ahí va mi hijo. . quiere entregarse al rey de Francia y marchar á sangre y fuego contra su tierra!... ¡Así está ya el honrado nombre de los Strozzi! ¡Hija mía, dichosa tú que duermes en paz bajo las flores! (Llaman á la puerta.) Entra, hijo mío, ¿eres tú otra vez? Pasa. (Entra Lorenzo.) ¡Lorenzo! ¿Qué haces tú en Venecia?

LOR. Felipe Strozzi, he venido á traerte el más bello joyel para tu corona. (Le da una llave.)

FEL. ¿Qué me das? ¿Una llave?

LOR. Esa llave abre mi aposento, y en mi aposento está el cuerpo de Alejandro de Médicis, muerto por estas manos que ves aquí.

FEL. ¡Verdaderamente, Lorenzo, es increíble!

LOR. Créelo, si lo quieres. ¡La fama te lo dirá después que yo!

FEL. ¿Alejandro ha muerto? ¿Será posible eso?

LOR. ¿Qué dirías si te eligiesen Duque en su lugar?

FEL. Renunciaría.

LOR. ¡Verdaderamente, Felipe, es increíble!

FEL. ¿Por que? Es muy natural en mí.

LOR. Como en mí matar á Alejandro. ¿Por qué no me quieres creer?

FEL. ¡Oh, sí! Te creo y te abrazo. ¡Hijo mío! Libertador de la patria. ¡Florencia está salvada! Dame tu mano.

LOR. ¡Cálmate, pobre Felipe! Hasta ahora lo único que hay salvado soy yo, gracias á los caballos de postas del Obispo de Marzi.

FEL. ¿No has advertido á nuestros amigos?... Seguramente están sobre las armas en este momento.

LOR. Sí, los he advertido, he llamado á todas las puertas republicanas, les he dicho que limpiasen sus armas, porque Alejandro habría muerto cuando ellos se despertasen. Fuí casa por casa. Estaban muy ocupados todos en cenar con mujeres y en beber y en gozar, para ocuparse de la libertad de la patria y de la muerte del tirano... Llamé á Roberto y echó á broma mis palabras; Alamanno no me creyó. ¡Era una borrachera trágica la mía, y me invitó á su festín, sin dar crédito á lo que le dije... El viejo republicano Pazzi me mandó en horamala... ¡Todos, estoy seguro que todos, se habrán despertado y se habrán vuelto á dormir como si tal cosa!

FEL. ¿Dices que á los Pazzi?... ¿Se lo has dicho á Corsini?

LOR. Ya te he dicho que á todos, uno por uno, y á la misma luna la hubiera hablado lo mismo, porque estaba seguro de no ser escuchado.

FEL. ¿Tú crees que no te han escuchado?

LOR. Yo he visto que el que más se encogió de hombros, volviendo á sus festines y á sus mujeres.

FEL. Por lo menos los Pazzi habrán hecho algo.

LOR. Sí que habrán hecho. Beber de cuándo en

cuándo vino de Calabria si se les secaba la boca.

FEL Yo tengo mejores esperanzas que tú. Y dí, ¿por qué no has salido con la cabeza del Duque en la mano? El pueblo te hubiera seguido aclamándote.

LOR. He preferido dejar la presa á los perros.

FEL. ¡Desprecias demasiado á los hombres!

LOR. No es que los desprecie, es que los conozco.

FEL. Todos los hombres no son capaces de grandes cosas; pero todos son sensibles á las cosas grandes. Basta una chispa para que arda una selva; la chispa puede salir de un pedernal y la selva prenderse. El fulgurar de una espada puede iluminar todo un siglo.

LOR. ¡Oh, viejo soñador!

FEL. Sí lo soy; pero déjame con mis sueños. Sin duda Florencia entera bendice en estos momentos tu nombre. Quizá te han proclamado Duque. ¡Gran Dios! Ahora veo llegar un mensajero. (Mirando por el balcón.) Al mismo tiempo, ¡mira! Por ahí pasa un pregón leyendo un edicto. ¿Por qué palideces? (Se oye un gran murmullo en la calle.)

LOR. ¿No oyes?

PREGON (Desde dentro.) «El Consejo de los Ocho de Florencia promete cuatro mil florines de oro al hombre que, noble ó villano y en cualquier punto de la Italia, mate á Lorenzo de Médicis, traidor á su patria y asesino de su señor.»

LOR. ¡Felipe, no querías creer que yo había matodo á Alejandro! ¡Ahí lo tienes!

FEL ¡Lorenzo, hijo mío!... ¡Salvador de las libertades, tu cabeza está pregonada!

LOR. ¡Hé ahí cómo me lo agradecen! (Entra un criado con un mensaje.)

FEL. ¡Aquí hay correo de Florencia!

LOR. ¿Y qué dice?

FEL. (Después de haber leído.) ¡Dolor, dolor para mi alma de ciudadano! Ni los republicanos, ni el pueblo han hecho nada.

LOR. ¿No te lo dije? Su primer cuidado habrá sido proporcionarse un tirano nuevo.

FEL. Así es. Aquí se me dice que contra toda ley y sin contar con la voluntad del pueblo, ha sido llamado á reinar Cosme de Médicis.

LOR. ¡Ves, pobre Felipe, lo que han hecho tus hombres, pobre soñador que todavía confías en el ideal!

FEL Tú solo eres el hombre... ¡El héroe, el redentor! ¡El grande!...

LOR. ¡Ya ves de qué me sirve!

FEL. Es verdad, el hecho, hijo mío, es que tu vida está en peligro.

LOR. ¡Oh, estoy acostumbrado! Cuando yo iba á matar á Clemente séptimo, pusieron á precio mi cabeza en Roma. Es natural que ahora lo sea en toda Italia, después de haber matado á Alejandro. Si saliese de Italia, me buscarían á son de clarines por toda Europa, y cuando yo muera, el buen Dios hará publicar mi eterna condenación por todos los arrabales de la inmensidad.

FEL. ¡Esa alegría tuya, es triste como la noche! ¡Eres siempre el mismo, Lorenzo!

LOR. No del todo. Llevo el mismo traje, ando con las mismas piernas, bostezo con la misma boca... ¡Pero he cambiado de miseria!

FEL. Lorenzo, partiremos juntos y volverás á ser un hombre. ¡Aun eres joven!

LOR. ¡No lo creas Felipe, no lo creas! ¡Soy más viejo que el abuelo de Saturno!

FEL. Lo importante es salir de Italia, quizá no has cumplido tu fin sobre la tierra.

LOR. Yo era una máquina de muerte; pero de una muerte nada más.

FEL. Puedes hacer altas y nobles cosas. ¡Puedes ser un artista! ¿Por qué quieres morir?

LOR. Yo podría ser todo lo que quieres, si un tedio enorme no se hubiese apoderado de mí. Me dejaré morir. Mira cómo me divierte ver á esas gentes que me acechan. (*Asomándose al balcón.*) Me han visto entrar aquí y me esperan.

FEL. ¡Lorenzo, estás perdido!

LOR. ¡Déjalos! Mira cómo rondan la casa. La recompensa que se ofrece es tan alta, que casi

casi los hace valerosos! Al venir aquí, un hombre grandullón y descalzo me ha seguido sin determinarse á herirme; llevaba en la mano un largo cuchillo y lo miraba de cuándo en cuándo... Te confieso que me inspiró piedad. ¡Tal vez sea un padre de familia que muere de hambre!... ¡Ah, por allí le veo! Ahora saldré...

FEL. Lorenzo, hijo mío, ¿estás loco? No, tú no saldrás solo de aquí.

LOR. Mira, ese pobre hombre necesita el dinero que le valdría mi muerte. ¿Por qué impedir que se lo gane? Voy, voy á su encuentro. (Vase precipitadamente.)

FEL. ¡No, Lorenzo, no! (Va al balcón.) ¡Hola, mis gentes!... Juan, Diego... pronto una espada, seguidle. Ya sale... ¡Oh! (Da un grito de horror.) Le han asesinado. ¡Corred, quizá no esté más que herido!... ¿Qué es ese tumulto? Le arrastran, se le llevan. (Da otro grito.) ¡Le han arrojado á la laguna! ¡Ni siquiera ha merecido una tumba!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Será cierto lo que él decía? ¿Será locura amar la verdad y la virtud, la libertad y la patria? (Se cubre el rostro con las manos, lleno de terror. Telón.)

FIN DE LA OBRA



Precio: DOS pesetas